BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

AMOR Y MUERTE EN LA TERCERA FASE

Adam Surray

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

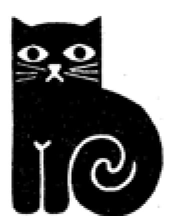
la conquista del ESPACIO

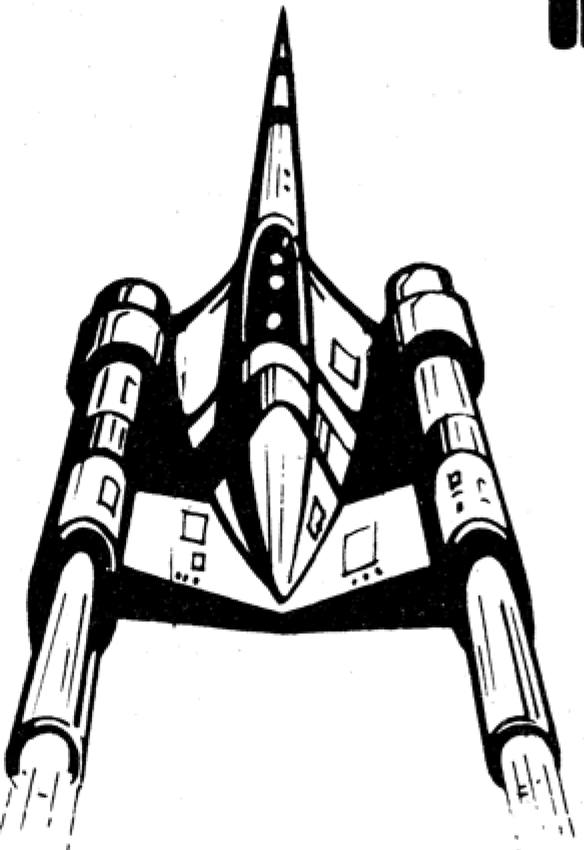
AMOR Y MUERTE EN LA TERCERA FASE

Adam Surray

CIENCIA FICCION







La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

482. — *El gángster de la galaxia*, Ralph Barby

483. — *El hombre biónico,* Curtís Garland

484. — *Conflicto en Magna*, A. Thorkent

485. — *Los desesperados de Xantroo*, Keltom McIntire

486. — *Más allá del infinito*, Clark Carrados

ADAM SURRAY

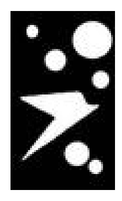
AMOR Y MUERTE

EN LA TERCERA FASE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 487

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 33.724 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1979

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2 Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

El auto era un «Fairy-SMX». Un último turboflite de la Ford Motor Company. Aerodinámico. Techo de vidrio térmico coloreado e indestructible. Alumbrado electro-luminiscente. Asientos moldeados...

Un vehículo digno de Irwin Davenport.

El hombre más poderoso de Schoffsville.

Conducía a gran velocidad. Sin precaución alguna. Aquélla era una carretera privada. Ningún otro vehículo turbaría el circular del «Fairy-SMX».

Irwin Davenport se removió en el asiento especialmente diseñado para su voluminosa complexión.

Sí.

La adiposidad era uno de los muchos defectos de Irwin Davenport. No se molestaba en combatirla. Le gustaba comer bien. Los mejores manjares. Con verdadera gula.

Irwin Davenport frisaba en los cincuenta años de edad. Abundante pelo conseguido merced a trasplante de cabello. Rostro mofletudo. Ojos pequeños, semiocultos por las pobladas cejas y grandes bolsas de carne. Manos de morcillosos dedos adornados con valiosas sortijas.

Súbitamente se iluminó el avisador automático de obstáculos actuando a la vez el sistema de autofreno.

El «Fairy-SMX», pese a la gran velocidad desarrollada, se detuvo con pasmosa suavidad.

A unas tres yardas del obstáculo detectado en la carretera.

Una joven que se precipitó atemorizada hacia los arbustos de la cuneta.

—¡Eh, tú! —gritó Davenport, abriendo la portezuela del auto—. ¡Detente!

La muchacha obedeció retrocediendo sobre sus pasos y avanzando lentamente hacia el vehículo.

Irwin Davenport la reconoció.

Todos en Schoffsville conocían a Janis Smiley. L.a joven de diecisiete años con mentalidad de una niña de cinco.

—¿Qué infiernos haces aquí?

—Me..., me he perdido... Estaba jugando por los acantilados y...

—Sigues en dirección contraria, Janis. Esta carretera únicamente conduce a mi bungalow. Bajando encontrarás la autopista de Schoffsville.

—¿Llegaré antes de que anochezca? Me da miedo la oscuridad.

Irwin Davenport contempló fijamente a la muchacha.

El rostro de Janis Smilley era de extraordinaria belleza. Ojos azules como el mar. Una larga mata de sedosos cabellos rubios le caían despreocupadamente hasta rozar sus hombros. Vestía blusa de multicolores cuadros y falda corta.

Desabotonados los dos primeros cierres de la blusa.

Y allí se centró la turbia mirada de Davenport.

—¿Sabes quién soy, Janis?

La muchacha parpadeó repetidamente. Terminó por mover de un lado a otro la cabeza esbozando una sonrisa.

—No..., pero vives en Schoffsville, ¿verdad? Te he visto por allí.

Davenport también sonrió.

El, dueño de la mitad de Schoffsville, temido y respetado por todos sus habitantes...

Aquella infeliz debía ser la única en ignorar su identidad.

—Sube, Janis. Tengo que recoger algunas cosas en mi bungalow, pero luego regreso a la ciudad. Te llevaré a tu casa, ¿de acuerdo?

—¡Oh, sí...! ¡Tienes un coche maravilloso...! ¡Me gusta!

La joven se acomodó en el asiento contiguo al de Davenport.

El «Fairy-SMX» reanudó la marcha.

Janis rió alborozada balanceándose en el mullido asiento a la vez

que sus manos acariciaban el panel de mandos.

—No toques nada…

Irwin Davenport se interrumpió.

La corta falda de la muchacha había subido considerablemente al realizar los jubilosos saltos. Descubriendo sus muslos. Largos y esbeltos. De fina piel ligeramente bronceada.

Un lujurioso pensamiento pasó por la mente de Davenport.

No era la primera vez que contemplaba lúbricamente a Janis. En muchas ocasiones la vio deambular por las afueras de Schoffsville. Jugando entre las rocas de los acantilados o caminando descalza por la arena de la playa.

Sí.

La había devorado con la mirada, pero nunca con intención de poseerla. Con solo chasquear los dedos Irwin Davenport podía disponer de la más seductora «star» de California. Una leve insinuación y cualquier jovencita de Schoffsville estaría a sus pies.

Janis era… distinta.

Diferente a las demás.

Irwin Davenport se percató ahora de ello.

La deficiencia mental podía ser un atractivo más que añadir a su singular belleza. Un enigma. Un aliciente más.

Davenport había hecho el amor con todo tipo de mujeres. Voluptuosas mulatas, refinadas gheisas, frías nórdicas, apasionadas latinas… Jóvenes y maduras. Había participado igualmente en las más desenfrenadas y aberrantes orgías. Creía haber vivido todo tipo de placeres; sin embargo…

Allí estábil Janis.

La bella e ingenua Janis.

Pese al perfecto funcionamiento del aire acondicionado la frente de Irwin Davenport se fue perlando de diminutas gotas de sudor.

Divisaron el bungalow.

Destacando en lo alto. Protegido por frondosa arbolada.

Circundado por la metálica muralla de seguridad.

Irwin Davenport hizo funcionar el mando a distancia.

Automáticamente se abrió una puerta de guillotina camuflada en la muralla. También se desconectó el electrificado.

Davenport detuvo el auto frente al bungalow. Sin molestarse es introducirlo en el contiguo garaje. Volvió a cerrar la puerta de guillotina acoplando de nuevo el electrificado en la muralla.

—Ya hemos llegado, Janis.

La muchacha descendió del vehículo corriendo hacia el florido seto circular que dominaba la explanada.

—¡Margaritas...! Son margaritas, ¿verdad?

Irwin Davenport se encogió de hombros.

Las flores no eran su especialidad. No distinguía una rosa de una coliflor.

—Entremos en la casa, Janis. Pronto oscurecerá.

Volvió a manipular en el mando a distancia.

El «electric-eye alarm», los puntos electrificados de acceso y demás sistemas de seguridad del bungalow quedaron desconectados.

Davenport manipuló en el pomo de la puerta girándolo hasta formar la combinación adecuada. La sólida hoja se abrió a la vez que todo el «automatic light» entraba en funcionamiento iluminando la casa.

Janis agrandó los ojos al contemplar el espacioso salón.

—Es... es maravilloso... Debes de tener mucho dinero...

—¿En verdad no sabes quien soy? —inquirió Davenport, cautamente.

—No..., ¿cómo te llamas?

—Bueno..., puedes llamarme Johnny. Eso es. Johnny. ¿Quieres beber algo?

—Tengo hambre. Aún no he cenado.

—Eso tiene fácil solución. Acompáñame.

Irwin Davenport condujo a la muchacha hacia la parte posterior del bungalow. La cocina era también espaciosa. Incrementada la amplitud por el sistema abatible del refrigerador termoeléctrico y el limpiavajillas ultrasónico.

Davenport manipuló en el congelador de alimentos y horno electrónico que formaban un solo módulo. Seleccionó uno de los platos preparados que automáticamente pasó del congelador al horno y. minutos más tarde, era expulsado por la bandeja y listo para su consumo.

—¿Qué quieres beber, Janis?

—¡Zumo de naranja!

Davenport le ofreció un recipiente trípode en aluminio.

—Sólo tienes que tirar de la anilla —indicó Davenport—. Puedes comer en el salón. Te encenderé el televisor mientras yo busco unos documentos en el despacho. Luego nos iremos a Schoffville y te dejaré en casa.

Janis volvió a quedar aturdida y maravillada. Contemplando el televisor mural de pantalla tridimensional.

—Es…, es igual al de Davenport Hotel… Lo vi una vez con mi padre.

Irwin Davenport rió a carcajadas.

El Davenport Hotel era de su propiedad. Al igual que la Davenport Company, la cadena de supermercados, la Davenport Electric Company…

—Toma asiento, Janis. Si no te gusta el programa, no tienes más que pulsar cualquiera de los botones del control para cambiar de canal.

Irwin Davenport permaneció en su despacho ordenando documentos de la caja fuerte en un portafolios. Con el maletín en la diestra retornó al salón.

Janis ya había terminado el plato combinado.

Ahora jugueteaba con los pulsadores del mando a distancia del televisor cambiando repetidamente de canal.

Davenport se sentó junto a la muchacha.

En el confortable y semicircular diván.

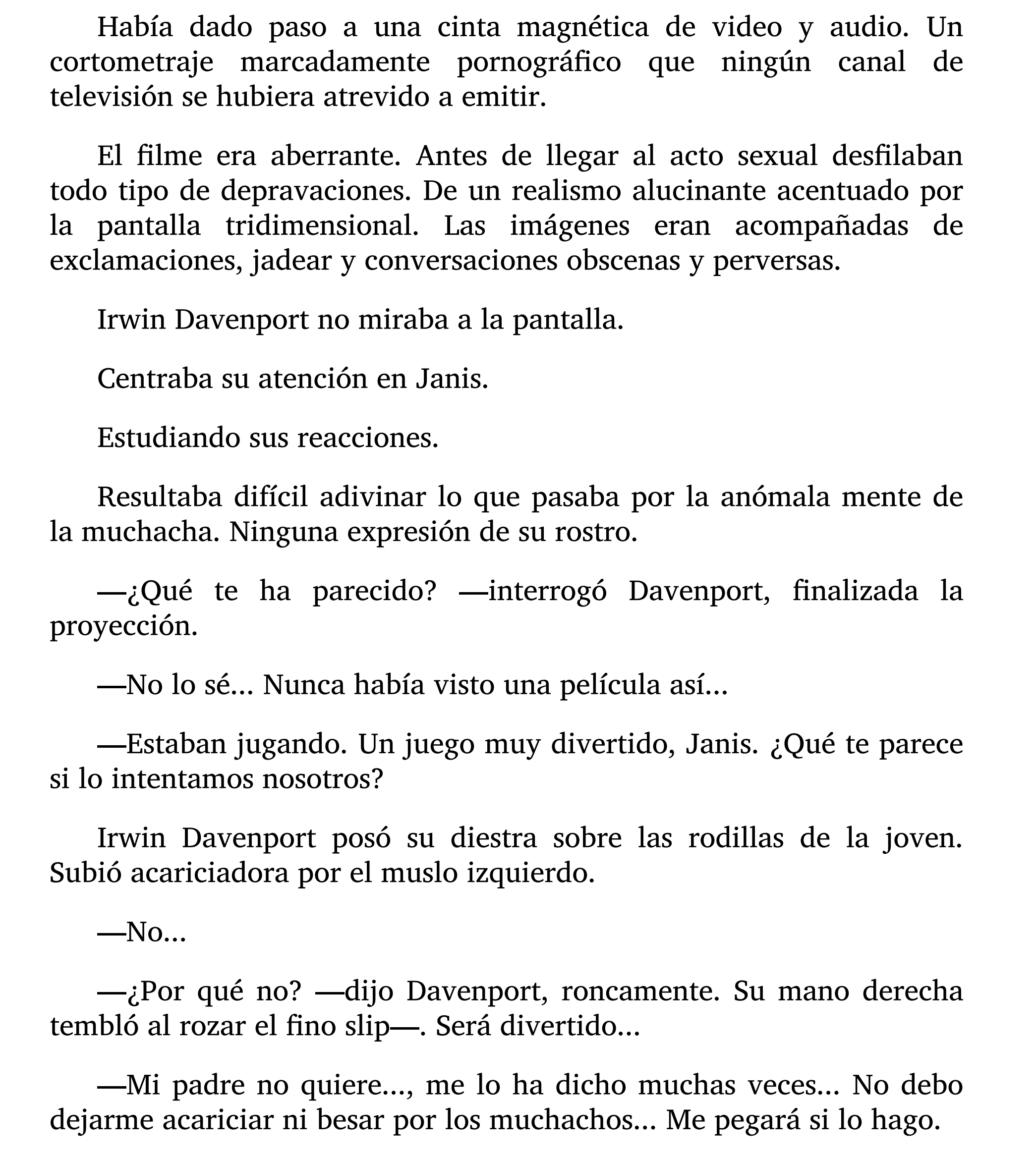
—¿Te diviertes?

—¡Oh, sí!

—Espera. Voy a poner una película que te gustará —Davenport tomó el mando a distancia haciendo girar una palanca que brotó dos nuevos pulsadores. Presionó uno de ellos.

—¿Qué canal es?

Davenport rió divertido.



Había dado paso a una cinta magnética de video y audio. Un cortometraje marcadamente pornográfico que ningún canal de televisión se hubiera atrevido a emitir.

El filme era aberrante. Antes de llegar al acto sexual desfilaban todo tipo de depravaciones. De un realismo alucinante acentuado por la pantalla tridimensional. Las imágenes eran acompañadas de exclamaciones, jadear y conversaciones obscenas y perversas.

Irwin Davenport no miraba a la pantalla.

Centraba su atención en Janis.

Estudiando sus reacciones.

Resultaba difícil adivinar lo que pasaba por la anómala mente de la muchacha. Ninguna expresión de su rostro.

—¿Qué te ha parecido? —interrogó Davenport, finalizada la proyección.

—No lo sé… Nunca había visto una película así…

—Estaban jugando. Un juego muy divertido, Janis. ¿Qué te parece si lo intentamos nosotros?

Irwin Davenport posó su diestra sobre las rodillas de la joven. Subió acariciadora por el muslo izquierdo.

—No…

—¿Por qué no? —dijo Davenport, roncamente. Su mano derecha tembló al rozar el fino slip—. Será divertido…

—Mi padre no quiere…, me lo ha dicho muchas veces… No debo dejarme acariciar ni besar por los muchachos… Me pegará si lo hago.

—Yo no soy un muchacho, Janis. No voy a hacerte daño. Todo lo contrario. Soy…, soy médico, ¿sabes?

—¿Médico?

—Eso es. Y ahora- oy a desnudarte.

—Cuando tengo que ir al doctor Harrison me desnudo yo, pero si tú quieres hacerlo…

Irwin Davenport no sintió remordimiento alguno ante la inocente sonrisa de la muchacha. Los individuos como Davenport carecían de conciencia.

Comenzó a desabotonar la blusa de Janis.

Con temblorosas manos la abrió para acto seguido tirar del sujetador. Los senos de Janis quedaron al descubierto.

Breves, erguidos, duros…

Davenport los aprisionó.

Se abalanzó sobre la joven reclinándola en el amplio diván. Enfebrecido por el deseo buscó los labios femeninos.

La besó en la boca sin dejar de acariciar los senos.

—No cierres los labios, Janis —jadeó Davenport, sintiendo que la sangre le golpeaba con fuerza en las sienes—. Abre la boca…

—Pesas mucho… Me haces daño…

Janis no pudo seguir hablando.

Sus labios quedaron aprisionados por los de Davenport. La besó salvajemente mientras se ladeaba. No para paliar el peso de su voluminoso cuerpo, sino para deslizar el cierre de la falda.

Sus labios se posaron ahora en los senos femeninos. Los gruesos dedos de su mano derecha pugnaron por introducirse bajo el elástico del slip.

Janis comenzó a moverse.

Como si reaccionara a las caricias.

Fue entonces cuando se escuchó un extraño sonido. Un penetrante y agudo silbar que perforaba los tímpanos. Aunque parecía proceder del exterior resonó con fuerza dentro del bungalow.

Irwin Davenport se incorporó perplejo.

—¿Qué…, qué ha sido eso?

Janis no respondió. Respiraba entrecortadamente. Recuperándose ya libre del voluminoso individuo.

El agudo silbar cesó.

Irwin Davenport acudió a uno de los muebles del salón. De uno de los cajones extrajo una automática «Grazing».

—No te muevas de aquí, Janis. Voy a echar un vistazo.

Davenport salió al porche del bungalow.

Las sombras de la noche ya habían hecho su aparición. Reinaba un total silencio, casi sobrenatural.

Irwin Davenport avanzó hacia la parte trasera del bungalow. En aquella zona, al conducir a los acantilados de la playa, no existía muralla electrificada.

Accionó el pulsador de la «Grazing» que convertía uno de los suplementos de la automática en potente linterna.

Iluminó la parte del acantilado.

Ningún ser humano sería capaz de escalar aquella sima.

Irwin Davenport sí divisó el objeto luminoso en lo más profundo del acantilado. Junto a la orilla de la playa. La distancia le impedía distinguirlo, pero tenia forma lenticular y potente resplandor opalescente.

Retornó al bungalow.

—¡Eh…! ¡Janis…! ¡Nos vamos…! Te dejaré en la entrada de Schoffsville y…

Davenport enmudeció.

La muchacha no estaba en el salón.

—¡Janis…!

Recorrió toda la casa.

Ni rastro de la joven.

Janis había desaparecido.

CAPITULO II

El rostro de Glenn Smiley enrojeció de ira.

Se apartó del ventana! girando furioso.

—¡Te has ido de la lengua, estúpida! ¡Te advertí que no deambularas por la ciudad contando tus embustes!

—No, padre…, no me…

Dos sonoras bofetadas acallaron las protestas de Janis. Retrocedió trastabillando próxima a perder el equilibrio. Se llevó ambas manos a las mejillas, pero de inmediato las retiró al percibir el rojo líquido. Asustada contempló sus manos manchadas de sangre.

—¡Estás sangrando por la nariz, idiota! —gritó Glenn Smiley—. ¡Corre a limpiarte a tu habitación! ¡Y no salgas hasta que yo te lo ordene!

La muchacha obedeció mansamente.

Glenn Smiley maldijo entre dientes al oír sonar el llamador de entrada a la casa. Sabía quién era su visitante. Le había visto estacionar el auto.

Abrió la puerta.

—Buenos días, Kevin.

—Agente Janssen.

—¿Cómo…? Ah, sí…, por supuesto —Smiley sonrió forzadamente —. No he querido molestarle, agente Janssen.

Kevin Janssen era un individuo extremadamente alto. Delgado. De unos veintiocho o treinta años de edad. Rostro de inexpresivas facciones. Sus grises ojos destacaban por la carencia de brillo.

Vestía uniforme de miembro del Control de Seguridad Ciudadana. El distintivo sobre la chaquetilla le catalogaba como agente especial. Del ancho cinturón pendía el reglamentario revólver acoplado en la funda.

—¿Dónde está tu hija, Glenn?

—¿Janis...? No lo sé. Ya la conoces. Difícilmente consigo retenerla en casa y hacer que..."

Un ruido procedente del corredor hizo enmudecer a Smiley.

Enrojeció.

El agente del CSC contempló las manchas de sangre en el suelo.

Esbozó una fría sonrisa.

—Espérame, Glenn. Después de ver a Janis quiero... platicar contigo.

—¿Por qué quiere ver a mi hija? ¡Soy su padre y tengo derecho a...!

Glenn Smiley volvió a cerrar la boca.

Ahora obligado por la dura mirada reflejada en los ojos de Kevin Janssen.

El policía avanzó por el corredor deteniéndose ante la primera de las puertas. Golpeó la hoja con los nudillos de la diestra. Tras unos instantes de espera, y al no recibir respuesta, hizo girar el pomo.

Janis estaba sentada al borde del lecho. Alisando el pelo de una muñeca articulada.

Sonrió alegremente al descubrir la presencia de Janssen.

—¡Hola, Kevin...!

El agente Janssen se adentró en la estancia cerrando tras él.

Sobre la mesa de noche descubrió un pañuelo manchado de sangre.

—Te ha pegado tu padre, ¿verdad?

—Sí, pero no debo decirlo. Nadie debe saberlo.

—¿Por que te ha pegado?

La joven se encogió de hombros.

—Ya no lo recuerdo..., siempre me está pegando...

Kevin Janssen se sentó junto a la muchacha.

—¿Tal vez por contar lo que te ocurrió anoche?

— ¡Ah, si...! Fue por eso. Dice que son mentiras mías, pero ocurrió realmente.

—Cuéntamelo a mi, Janis.

La joven inclinó la cabeza.

—No. Tú también te burlarás de mí. Como Joseph, Lou, James y los demás muchachos. Todos se burlan de mí.

—Yo soy tu amigo, Janis. ¿Lo has olvidado?

—No, Kevin. Eres mi amigo —el rostro de Janis se iluminó en dulce sonrisa—. ¿Quieres que te lo cuente?

—Con todo detalle.

—Bueno... Ayer fui a pasear por los acantilados, pero al querer regresar a casa, me perdí. Un señor en un coche muy bonito me llevó a su casa.

—¿Sabes quién era?

—Johnny.

—¿Johnny? ¿Sólo Johnny?

—Es médico. Mientras cenaba me conectó el televisor. Luego, como es médico, me desnudó para saber si estaba enferma. Me tocaba por todo el cuerpo, pero no me hacía daño. ¡Pesaba mucho! Me iba a quitar el slip cuando sonó el ruido.

—¿Qué ruido?

—Pues..., no sé... Era un silbar... Johnny salió de la casa y entonces apareció Fishman.

—Un momento —sonrió Janssen—. Más despacio, Janis. Ya te he dicho que me explicaras todo con detalle. Ese tal... Fishman, ¿era compañero de Johnny? ¿Estaba ya en la casa?

—No. Apareció de pronto en el salón. Al principio me asustó. No es como nosotros.

—¿En qué se diferencia?

—Pues..., ¡en todo! Era de corta estatura. De piel verdosa y cubierta de extraño pelo muy punzante. La cabeza alargada y las

orejas en forma de aletas. En la espalda también tenía una larga cola similar a una aleta. Los ojos sin párpados. La boca un boquete sin labios. Los brazos pegados al cuerpo, aunque le sobresalían las manos con los dedos unidos entre sí y…

—Ya es suficiente, Janis. Un hombre-pez, ¿no? De ahí que le llamaras Fishman.

—¡Oh, no! Ese nombre me lo dio él. Tenía una voz muy agradable. No hablaba, pero yo podía oírle. Me tomó de la mano y como por encanto aparecimos en la playa. A. la orilla del mar. Junto al cohete.

—¿El que…?

—Me pareció un cohete, Kevin. Fishman dijo que era un vehículo de transporte. Me acarició. Yo no tenía miedo. No me daba miedo su aspecto. Ni tan siquiera ni cuando jugamos como en la película que me enseñó Johnny. Una película en la que aparecían hombres y mujeres desnudos y que…

—Escucha, Janis —Janssen tomó a la joven por los hombros—. Escucha con toda atención. Ese hombre, ese… Johnny, es un individuo malvado. En la cena que te sirvió o en la bebida iba una droga. Algo que te hizo delirar. Lo de Fishman es producto de tu imaginación. Un sueño.

Janis sonrió.

Movió enérgicamente la cabeza de un lado a otro.

—No, Kevin. No lo soñé. Estuve mucho tiempo con Fishman. Me habló de su tierra, más allá de las estrellas… Dijo que su verdadero nombre no lo comprendería; pero aquí le identificarían como «Fishman». Una especie de hombre-pez. No me hizo ningún daño, Kevin. Se portó muy bien conmigo. Luego me volvió a coger de una mano y en un abrir y cerrar de ojos nos trasladamos desde la playa hasta las proximidades de Schoffsville. Se despidió de mí prometiéndome que volveríamos a vernos.

—Algunas drogas originan sueños que parecen reales.

—¡No fue un sueño!

—De acuerdo, Janis. Yo te creo, pero no debes ir comentándolo por ahí. Los demás no te darán crédito y se burlarán de ti. Tú no quieres que eso ocurra, ¿verdad?

—No…

—Entonces no vuelvas a hablar de ello con nadie, ¿de acuerdo?

—Si, Kevin…

—Ese bungalow…, la casa de Johnny…, ¿sabrías llevarme hasta allí?

—No… Fui en coche. Estaba perdida y anochecía. Como mi regreso fue de la mano de Fishman, desconozco el camino. La casa era muy grande, muy bonita…

—¿Y Johnny? ¿Cómo era?

—Pues… ¡Gordo! —rió Janis, en cantarina carcajada—. ¡Es muy gordo! Sólo puedo decirte eso…

—Tal vez resulte suficiente. Recuerda, Janis. No vuelvas a hablar de esto con nadie.

—No lo haré, Kevin.

Janssen se incorporó.

Sonrió acariciando los cabellos femeninos.

—Buena chica. Adiós, Janis. Hasta pronto.

El agente del CSC abandonó la habitación.

Al llegar al salón sorprendió a Glenn Smiley aplicando el gollete de una botella de whisky a los labios.

—¿Puede darme ya una explicación? —Smiley dejó la botella sobre el mueble—. Supongo que su visita no estará relacionada con esa ridícula historia inventada por Janis, ¿verdad?

Kevin Janssen tiró de los guantes negros situados bajo el cinturón. Lentamente se los ajustó.

Avanzó hacia Smiley.

—¿Recuerdas nuestra última conversación, Glenn? Te di un consejo que no has seguido. Grave error, Glenn… Y vas a lamentarlo.

—No, Janssen… Yo no…

Glenn Smiley quedó con la boca abierta al recibir el puñetazo en el estómago. Se dobló. Pálido.

Kevin Janssen le enderezó de un trallazo en el pecho. Volvió a

castigarle salvajemente el estómago. Concluyó con un rodillazo en el bajo vientre.

Smiley cayó encorvado.

—¿Puedes oírme, Glenn? —inquirió Janssen, golpeándole con la bota derecha en el costado—. Hoy he respetado tu repulsivo rostro. Lo he hecho por Janis. No quiero que te vea convertido en una pulpa, pero si vuelves a poner la mano encima a tu hija, no habrá piedad.

Glenn Smiley no respondió.

No tenía fuerzas para ello.

CAPITULO III

Donald Moore, delegado jefe del Control Seguridad Ciudadana en Schoffsville, succionó repetidamente el cigarrillo antes de aplastarlo en el cenicero de mesa.

—¿Quiere un buen consejo, Kevin? Olvide el caso. Nadie ha formulado denuncia alguna.

Kevin Janssen alzó la mirada del mapa.

—Por supuesto, señor. Glenn Smiley no quiere tratos con el CSC. Y lo que pueda ocurrirle a su hija le tiene sin cuidado. Nosotros somos los únicos que podemos velar por Janis Smiley.

—Janis será internada el próximo año, Kevin.

—El mismo día del fallecimiento de su madre debió ser alejada de Glenn Smiley.

—Es su padre.

—Es un bastardo.

Donald Moore se encogió de hombros.

—El mundo está repleto de bastardos, Kevin.

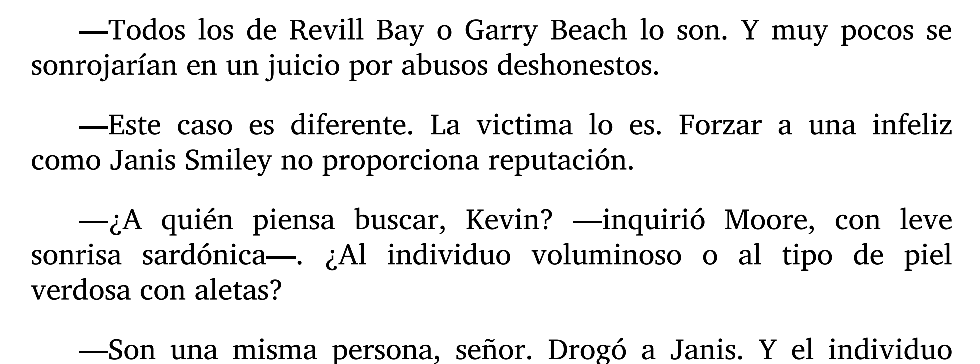
—Correcto. Y quiero disminuir el censo, señor. Voy a cazar al que abusó de Janis.

—Falta saber si en realidad hubo abuso. Si piensa seguir oficialmente el caso llévelo correctamente. Empezando por un reconocimiento médico a Janis Smiley. Aún es tiempo.

—Janis fue sometida sin violencia. No es necesario emplearla con ella. Es mucho más sencillo engañándola.

—Aunque logre detener al culpable dudo que la pena impuesta compense el trabajo.

—La vergüenza de un juicio público será ya un buen castigo. Apuesto a que se trata de un individuo importante.



—Todos los de Revill Bay o Garry Beach lo son. Y muy pocos se sonrojarían en un juicio por abusos deshonestos.

—Este caso es diferente. La victima lo es. Forzar a una infeliz como Janis Smiley no proporciona reputación.

—¿A quién piensa buscar, Kevin? —inquirió Moore, con leve sonrisa sardónica—. ¿Al individuo voluminoso o al tipo de piel verdosa con aletas?

—Son una misma persona, señor. Drogó a Janis. Y el individuo voluminoso se transformó para Janis en un fantástico y monstruoso ser.

—¿Y no puede ser todo producto de la mente de Janis? Una fantasía. Una irreal historia germinada en su deficiente mente. No hubo auto lujoso, ni bungalow…

—Janis es incapaz de mentir, señor. La conozco bien…

—Puede mentir inconscientemente.

—La subnormalidad de Janis no llega a ese extremo —argumentó Janssen—. Sabe diferenciar lo irreal de lo imaginario. Conozco igualmente su historial médico…

—De acuerdo, Kevin —interrumpió Donald Moore—, Si tan convencido está, siga en el caso, pero tiene que ser presentada una denuncia.

—Yo mismo la firmaré. Como agente del CSC y en forma de defensa de uno de los habitantes de Schoffsville.

Donald Moore dirigió una mirada al mapa extendido sobre la mesa. Una línea de trazo rojo bordeaba parte de la costa.

—¿Piensa investigar en toda esa zona?

—Si, señor.

—¿Hasta… Gerry Beach?

—¿Por qué no? Precisamente el propietario del más importante bungalow de Gerry Beach es un individuo… voluminoso.

El rostro de Moore se ensombreció.

—Oiga, Kevin… No busque complicaciones al CSC. Janis no pudo llegar hasta Gerry Beach y regresar por sus propios medios. Hay una



considerable distancia entre Schoffsville y Gerry Beach.

—Fue en auto, señor.

—Ya. El individuo voluminoso, después de abusar de ella, la retornó a Schoffsville. Sin miedo a ser visto. Irwin Davenport no es un dechado de virtudes, pero si lo suficientemente inteligente para no comprometerse. No sea ridículo, Kevin. Limítese a investigar entre los propietarios de Revill Bay.

—Ya lo he hecho, señor. He estado en la sala de computadoras. Me fueron proporcionadas las fichas de varios sospechosos. Catorce individuos de complexión física voluminosa y con bungalow en la zona. Ya he descartado a once de ellos. De ahí que extienda mi radio de acción a Gerry Beach.

Donald Moore quedó en silencio.

Se encaminó hacia la puerta, pero antes de abandonar el despacho giró sobre sus talones.

—Kevin…

—¿Sí, señor?

—Manténgame informado.

* * *

Kevin Janssen consultó superficialmente el informe recibido del Medie Computer. El estado físico de Janis Smiley no presentaba anormalidad alguna. Ningún signo de violencia en su cuerpo, pero sí había sido víctima de estupro.

—Lamento haberte estropeado la mañana, Janis.

La muchacha sonrió.

—No me importa, Kevin. Todas esas máquinas son muy divertidas. Diferentes a las del doctor Harrison. ¿Era un médico?

—¿Cómo…? Ah, sí… Un doctor del Control de Seguridad Ciudadana.

—¿Por qué tanto reconocimiento? ¿Estoy enferma?

—No, Janis. Estamos investigando lo ocurrido ayer en ese bungalow de los acantilados.

—No ocurrió nada malo.

Janssen encendió un cigarrillo.

Se incorporó bordeando la mesa escritorio para aproximarse a la muchacha.

—De seguro no has olvidado los consejos de tu difunta madre, Janis. Referentes a los muchachos.

—Por supuesto que no, Kevin. Mi padre también me lo dice. No debo permitir que me besen ni acaricien...; pero Johnny no era un muchacho. Tampoco Fishman.

—No debes permitírselo a nadie, Janis. ¡Absolutamente a nadie!

La joven parpadeó.

Sus grandes ojos se posaron en Janssen.

—¿Estás enfadado conmigo?

Janssen sonrió palmeando las mejillas de la muchacha.

—Voy a enseñarte unas fotografías, Janis. Quiero que identifiques a Johnny, ¿de acuerdo?

—Si, Kevin.

El agente del CSC iluminó la pequeña pantalla del reproductor de cinta magnética de video. Ya estaba programado para pasar una serie de imágenes seleccionadas por Janssen.

Por la pantalla desfilaron varios individuos. Todos ellos con propiedades en las zonas próximas de Revill Bay y Gerry Beach.

—Ese es, Kevin. Es Johnny.

Janssen pulsó una palanca del reproductor.

La imagen quedó retenida.

La amplió.

Irwin Davenport.

—¿Estás segura, Janis?

—Oh, si... Es Johnny.

—Cuéntame otra vez lo que pasó en el bungalow —dijo Janssen,

desconectando el reproductor—. Desde el momento en que terminaste de cenar.

—Bueno… Johnny empezó a desnudarme. Aseguró que era médico, pero creo que me mintió. No se comportaba como el doctor Harrison. Me acarició todo el cuerpo y me besaba… me aplastaba con su cuerpo… casi iba a llorar, cuando de pronto sonó ese zumbido y Johnny se marchó. Le vi coger una pistola y salir de la casa. Entonces apareció Fishman y me llevó a la playa. Con Fishman todo fue divertido. Su voz más agradable… También Fishman me acarició… estaba desnuda…

—Y llegaste a hacer lo que siempre te prohibió tu madre, ¿no es cierto?

Janis inclinó la cabeza.

—Sí, Kevin. No sé bien cómo ocurrió. Con Fishman todo era maravilloso. Me habló como nadie lo había hecho jamás. Yo le contemplaba embelesada, olvidando su monstruoso aspecto y…

La muchacha se interrumpió.

Al descubrir la mueca en el rostro de Janssen.

—Crees que fue un sueño, ¿verdad, Kevin?

—Lo fue, Janis.

—Entonces… me gustaría volver a vivirlo, Kevin.

* * *

El agente del C.S.C. dejó a Janis Smiley en su domicilio.

Retornó al volante del auto patrulla enfilando hacia la longitudinal Uys Street. No conectó la «hand alarm» del vehículo.

A su llegada al City Center se desvió por la Frobe Avenue.

Detuvo el auto frente al 2771 de Whites Road. En la lujosa mansión de los Davenport. Una de las pocas casas ajardinadas de Schoffsville.

Kevin Janssen caminó por el asfaltado sendero que conducía a la casa. De una sola planta. Techo curvo así como futuristas paneles de nodulación en la fachada principal.

Cuando se disponía a pulsar el llamador, sonó una voz.

—¡Eh, Kevin…!

Janssen desvió la mirada hacia su izquierda.

Descubrió a la mujer que salía de la piscina.

Acudió a su encuentro.

—Buenos días, Margot. ¿Está tu padre en la casa?

Margot, hija única del todopoderoso Irwin Davenport, no contestó. Sonrió a la vez que enlazaba sus brazos tras la nuca del policía. Apretujándose contra él le besó en la boca.

Janssen la rechazó.

Su uniforme había quedado mojado. Recortándose sobre él la figura femenina aún perlada por gotas de agua.

—¿Qué te ocurre. Kevin? ¿Ya no te gusto?

Janssen entornó los ojos.

Esforzándose en dirigir a Margot una indiferente mirada.

Resultaba imposible.

Margot Davenport era demasiado seductora. Con veinticuatro años había acaparado la máxima perfección. El traje de baño, en fibra de poliuretano «Mycra», modelaba suave y provocativamente cada una de las curvas femeninas. Con todo detalle. El pujante pezón de los senos centrado sobre rosada aureola, la tenue curva del vientre, los recónditos de su más turbadora intimidad… Todo aquello resaltaba bajo la ligera y elástica fibra del bañador.

También el rostro de Margot era marcadamente sensual. Ojos de enfebrecida mirada, la boca de gordezuelos y devoradores labios, sus níveos dientes…

—Sigues jugando con fuego, ¿verdad, Margot?

—Quémate conmigo, Kevin…

—Ya lo hice una vez. Y luego me dejaste tirado como a un muñeco.

—¿Acaso esperabas algo más?

—Tienes razón. De ti se puede esperar muy poco. De no estar forrada de dólares terminarías en el burdel de…

Margot le abofeteó.

De inmediato retrocedió. Como atemorizada de su propia acción.

Tenía motivos.

Kevin Janssen le soltó un trallazo con la zurda.

El impacto hizo retroceder a Margot que braceó para no perder el equilibrio, pero terminó por caer en la piscina.

— ¡Bastardo...! ¡Hijo de perra...!

Kevin Janssen sonrió a la vez que movía de un lado a otro la cabeza.

La alta sociedad californiana, aun en las postrimerías del siglo XX, mantenía el vocabulario de la plebe.

El agente del C.S.C. retornó al porche de la casa.

Se abrió la puerta al poco de pulsar el llamador.

—Quiero hablar con el señor Davenport —comunicó Janssen al mayordomo—. Asunto oficial.

Minutos más tarde era recibido en un espacioso despacho dotado, al igual que las restantes estancias de la casa, de muros de panel termoeléctrico y clectroluminescencia. De entre el lujoso mobiliario destacaba la videobiblioteca con mueble-bar automático.

Irwin Davenport estaba tras una semicircular mesa escritorio.

—¿En qué puedo servirle, agente...? —interrogó Davenport, sin incorporarse del sillón giratorio. Janssen esbozó una sonrisa. Consciente de la fingida ignorancia de Davenport. Demasiado sabía su nombre. Hace unos meses le sorprendió con Margot en el asiento abatible de un aerodinámico «Snake- SS». En pleno escarceo amoroso.

—Agente Janssen. Estoy investigando un caso de estupro, señor. La victima, sin duda equivocadamente, le ha identificado a usted como autor de los hechos.

En el adiposo rostro de Davenport se reflejó una mueca de incredulidad.

—¿Cómo ha dicho?

—Estupro, señor. Ya sabe que desde 1984, año de creación del

Control Seguridad Ciudadana, determinados delitos contra la integridad física o moral de los habitantes del país han incrementado su importancia y son rigurosamente penados.

—¿Quién se atreve a acusarme?

—Por favor, señor Davenport... No hay acusación alguna. Sólo quiero hacerle unas preguntas. La víctima es Janis Smiley. La conoce, ¿verdad? Todos en Schoffsville conocen a Janis.

Irwin Davenport asintió. Nerviosamente.

—Su padre trabajó una temporada en la Davenport Company. Fue despedido por poco rendimiento.

—Correcto, señor Davenport. Janis Smiley es una deficiente mental. Esta mañana empezó a contar una fantástica historia acontecida en un lujoso bungalow cercano a la playa.

—Estoy al corriente.

—¿De veras?

El magnate enrojeció.

—Bueno... la oí comentar jocosamente a una de mis secretarias. Resulta sorprendente que el C.S.C. haya dado crédito a esa historia.

—Sólo a una parte de ella, señor. En el Medie Computer se ha comprobado que Janis Smiley fue sometida a abusos deshonestos que culminaron con violación. Por supuesto descartamos al individuo de las aletas y piel verdosa. Nuestra investigación se centra en el propietario del bungalow.

—Y Janis me ha identificado.

—Sí. De entre una veintena de fotografías señaló la suya.

Davenport sonrió con suficiencia.

—Esa pobre infeliz sufre un error.

—¿Estuvo ayer noche en su bungalow de Gerry Beach?

—Si. Fui a retirar unos documentos olvidados en el pasado week-end.

—Y no encontró a Janis Smiley en el camino.

—No.

—Gracias, señor Davenport. No le molesto más. Muy amable por responder a mis preguntas.

—¿Qué piensa hacer, agente?

—Seguir investigando —dijo Janssen—, Volveré a indagar nuevos detalles en Janis. Sonsacarle más datos. Puede que una descripción del bungalow nos conduzca hasta el propietario.

—Agente...

Kevin Janssen, ya junto a la puerta del despacho, giró sobre sus talones.

—¿Sí, señor Davenport?

—Yo... no, nada... Le deseo suerte.

Janssen le dirigió una fría sonrisa.

—La tendré, señor. No lo dude.

CAPITULO IV

Kevin Janssen agitó furioso los papeles.

—¡Son pruebas irrefutables, señor! He dedicado todo el día a reuniriías. Janis no sólo identificó a Irwin Davenport, sino que me ha descrito el bungalow con todo detalle. ¡El bungalow propiedad de Davenport! Me he desplazado hasta Gerry Beach. Con el detector «Stone-Z» he encontrado las huellas en el camino privado. El «Fairy-SMX» conducido por Davenport se detuvo y recogió a Janis. Las huellas de los zapatos corresponden. Con una orden de investigación puedo encontrar más pruebas en el bungalow y en el auto de Davenport. Las huellas que demostrarían...

— ¡Maldita sea! ¿No lo comprende, Kevin? —el delegado Moore interrumpió a su subordinado golpeando la mesa—. No puedo arriesgarme a dar esa autorización. Sólo puedo sugerirle que solicite la orden de investigación a la Central.

—¿Por qué? No es delito federal ni contra la seguridad del Estado. Entra en nuestra jurisdicción.

—Davenport es dueño de la mitad de Schoffsville.

—¿Le libra eso de cumplir las normas del Decreto-1984? No es personalidad política ni militar para gozar de la inmunidad de determinados artículos.

—No quiero buscarme complicaciones, Kevin. Solicite la orden a Central.

Janssen resopló sin dominar su irritación.

—Muy bien, señor.

Abandonó el despacito del C.S.C. para dirigirse a la planta subterránea donde se hallaba instalada la Sala de Computers. En una de las máquinas confeccionó el cartucho perforado con todos los datos del caso y pruebas obtenidas contra Irwin Davenport:

Minutos más tarde introdujo la tarjeta perforada en el Ordenador Unidad que enlazaba con la General Computer del CSC. de Washington.

En breves segundos le llegó la respuesta.

Retiró la ficha recibida por la bandeja expulsora para introducirla seguidamente en una de las máquinas traductoras,

Las letras fueron apareciendo vertiginosamente en la pantalla.

Un breve texto.

«Solicitud denegada. Irwin Davenport ciudadano I.G-6. Suspenda toda posible investigación. Caso archivado.»

Kevin Janssen permaneció con la mirada fija en la pantalla.

Lentamente abandonó la Sala de Computers.

Se encontró con Donald Moore. Sin duda a la espera del resultado de la petición.

—¿Y bien?

Janssen forzó una sonrisa.

—Tenia usted razón, señor. Caso archivado. Irwin Davenport es ciudadano «I.G-6».

—«Inmunidad en Grado Seis». No me sorprende. Incluso le catalogaba en el grupo cuatro o cinco. No se desanime. Kevin. Davenport recibirá una amonestación oficial del Control de Seguridad Ciudadana.

—Sí… Eso me reconforta —respondió Janssen, con amargo sarcasmo—. Buenas noches, señor.

Kevin Janssen abandonó la sede del C.S.C.

Ya era noche en Schoffsville.

Las calles de la ciudad alegremente iluminadas por los multicolores sistemas de electroluminiscencia de algunos edificios y locales públicos.

La flota de los autos patrulla del Control Seguridad Ciudadana ya habían iniciado su jornada nocturna. Sin duda la culminarían sin graves incidencias. Schoffsville era una localidad tranquila. Ajena a los

problemas de las megaciudades.

Janssen caminó por City Center deteniéndose frente al Number Sanck.

Penetró en el local.

A la izquierda quedaban las mesas del self-services y grill-rooms.

El agente del C.S.C. acudió directamente al mostrador acomodándose en uno de los taburetes abatibles.

La mujer situada tras la barra le dedicó una sonrisa. —Buenas noches, Kevin. —Hola, Vangie... Un whisky. Doble. Vangie frisaba en los treinta años de edad. Cuerpo escultural de exuberantes curvas que el vestido en mallacryl destacaba sensual.

—¿Un whisky para la cena? —Hoy cenaré a base de whisky. Un individuo metió baza en la conversación.

—¿Qué te ocurre, Kevin? Se te ve cansado... No será de perseguir al marciano de Janis, ¿verdad?

Los clientes próximos corearon con risas las palabras del individuo.

Janssen le dirigió una fría mirada.

—No estoy para bromas, Curtis.

Lee Curtis, empleado en la Schoffsville Bank, hizo caso omiso al comentario del policía.

—Me hubiera gustado estar con Janis y así poder echar mano al marciano. La Fundación Montgomery ya ha elevado la cantidad a diez millones de dólares.

—¿Diez millones? —inquirió Vangie, dejando el recipiente de whisky al alcance de Janssen—. ¿De qué hablas, Lee?

—¿No lo sabes? La Fundación Montgomery ofrece diez millones de dólares a quien consiga pruebas contundentes de la existencia de extraterrestres. Allá por el año 1980 ofrecían un millón de dólares. La recompensa ha ido en aumento. Ahora, con un pie en el siglo XXI, pagan diez millones de dólares.

—Es cierto —dijo otro de los clientes—. Recuerdo que hace unos tres años, en 1992, la mafia quiso estafar a la Fundación Montgomery. Simuló a la perfección un OVNI y lo hizo aterrizar en el Mojave Desert

californiano. Un testigo «casual» fotografió con toda nitidez la toma de tierra y el descenso de los supuestos extraterrestres. El C.S.C. terminó por descubrir la superchería.

Lee Curtís asintió con repetido movimiento de cabeza.

—Recuerdo el caso. Hubo más. La oferta de la Fundación Montgomery es demasiado apetitosa.

—No hay extraterrestres —dijo Vangie, muy convencida—, Todos esos UFO, OVNI y MOC que aparecen y desaparecen son embustes o imaginaciones de mentes calenturientas.

—Hay fotografías de muchos aparatos extraños, Vangie. Archivados hace tiempo por el FBI, la CIA y actualmente por el C.S.C. Eso es a lo máximo que hemos llegado. A fotografiarlos. Los testigos que afirman haber visto o hablado con extraterrestres son, en un elevado tanto por ciento, vulgares patrañas. Los que dicen la verdad, no pueden demostrarlo.

—La Fundación Montgomery sólo pagará a quien les presente un marciano vivo y coleando —dijo Curtis—. ¿Tú qué opinas, Kevin?

Janssen arrojó unas monedas sobre el mostrador.

Abandonó el local.

Asqueado de vivir en un villorrio como Schoffsville donde la fantasía de una infeliz muchacha era recibida con burlas. Ya era del dominio público. Janis, inocentemente, lo había divulgado Su encuentro con el voluminoso individuo que la hizo desnudar fingiéndose médico, el extraterrestre verdoso con aletas...

La malicia popular hizo el resto.

Schoffsville o la más populosa de las megaciudades.

Poco importaba.

En todas ellas reinaba la meritocracia.

Una meritocracia que indultaba a individuos como Irwin Davenport y humillaba a seres como Janis Smiley.

CAPITULO V

Kevin Janssen pudo percibir el endurecimiento de los senos femeninos acusando las caricias. Sus labios juguetearon con los erectos pezones mordisqueándolos una y otra vez. Alternando con ávidos besos.

Deslizó sus labios por el liso vientre.

El jadear de Margot se acentuó.

Su cuerpo pareció sufrir una sacudida semejante a una descarga eléctrica.

Tendió sus manos.

—Kevin... Kevin...

Janssen comprendió el ruego. La petición reflejada en los encendidos ojos de la mujer.

La abrazó besándola en la boca. Margot le recibió con los labios entreabiertos, con sensual y rítmica lengua... Sus desnudos cuerpos bañados por el sol se agitaron iniciando la escalada a la cumbre del placer. El clímax logrado al unísono les dejó jadeantes, sudorosos, enfebrecidos...

Quedaron inmóviles.

En silencio.

Con los ojos cerrados al implacable sol.

Margot fue la primera en incorporarse. Sólo tuvo que dar unos pasos para poder lanzarse a la piscina.

El agua salpicó a Janssen haciéndole reaccionar.

También él se levantó de aquel lecho de verde hierba. Se ajustó un albornoz acudiendo a la mesa-jardín protegida por amplia sombrilla.

Se sirvió un vermouth seco con ginebra.

—¡Otro para mí, Kevin! —gritó Margot desde el centro de la sinuosa piscina.

Janssen hizo caso omiso.

Se acomodó en el balancín encendiendo un largo emboquillado.

Entornó los ojos al ver salir a Margot de la piscina. No por efecto del sol, sino deslumbrado por la belleza de la mujer.

Sí.

Margot Davenport era endiabladamente seductora.

Y ella lo sabía.

De ahí que demorara el cubrirse con el maillot. Ofreciendo el turbador espectáculo de su desnudo cuerpo. Uniformemente bronceado. El mojado pelo deslizaba gotas de agua por su rostro. En veloz carrera se deslizaban por el frágil cuello para serpentear por la curva de los opulentos senos.

—Eres muy amable —dijo Margot, al tener que servirse la bebida —. Eso es lo que me entusiasma de ti. Tu galantería.

—No olvides que soy tu invitado, Margot.

—Oh, si… Cierto. Y me sorprende que hayas aceptado. Nuestro último encuentro no fue muy… cordial.

—¿Te refieres al intercambio de bofetadas? De eso hace ya cinco meses. Está olvidado.

—Casi seis meses, Kevin. Seis meses sin estar contigo. Toda una eternidad…

—No te habrán faltado pretendientes.

La mujer respiró con fuerza. Los exuberantes senos parecieron querer escapar del cerrado maillot.

—Me pregunto por qué soporto tus impertinencias.

—Yo soy diferente, Margot. No estoy contigo para engatusarte y poder emparentar con los Davenport.

Margot rió divertida.

Con el vaso en la diestra se acomodó junto a Janssen.

—No eres diferente a los demás, querido. Tú también buscas algo. ¿Crees que soy tonta? Querías echar un vistazo a este bungalow. A la casa de Gerry Beach. Sigues buscando al marciano de Janis.

—No hablemos de eso.

—¿Por qué no? Es el tema de actualidad en Schoffsville. Janis asegura que todas las semanas tiene una cita en la playa. Con su hombre de piel verdosa y aletas. Llevan ya seis meses de noviazgo.

Janssen endureció las facciones.

—De acuerdo, Margot. Quise echar un vistazo al bungalow de tu padre. Alguien se está aprovechando de Janis. Dice que en estos últimos meses tiene frecuentes encuentros con...

—¿El marciano?

—Con un bastardo que sin duda se disfraza para no ser reconocido. Cita a Janis en un lugar de la playa. Puede ser Revill Bay, Brown Sound o en Gerry Beach. Janis no puede concretarlo.

—Y tú sospechas de mi padre.

—No. Le he sometido a vigilancia. Varias noches que Janis acudió a la cita, tu padre estaba en Schoffsville.

—Te resultaría más sencillo controlar a Janis.

—Ya lo he hecho. Janis aparece y desaparece misteriosamente.

—Si, es cierto... —rió nuevamente Margot—. Dice que su marciano la traslada de un lugar a otro en un abrir y cerrar de ojos. Si no sospechas de mi padre, ¿por qué ese deseo de venir al bungalow de Gerry Beach?

—Aquí, hace poco más de cinco meses, empezó todo. Tu padre es un mal bicho. Encontró a Janis en la carretera y la condujo hasta aquí. Ignoro lo que ocurrió, pero desde ese día empezó Janis con su historia del individuo verde con aletas.

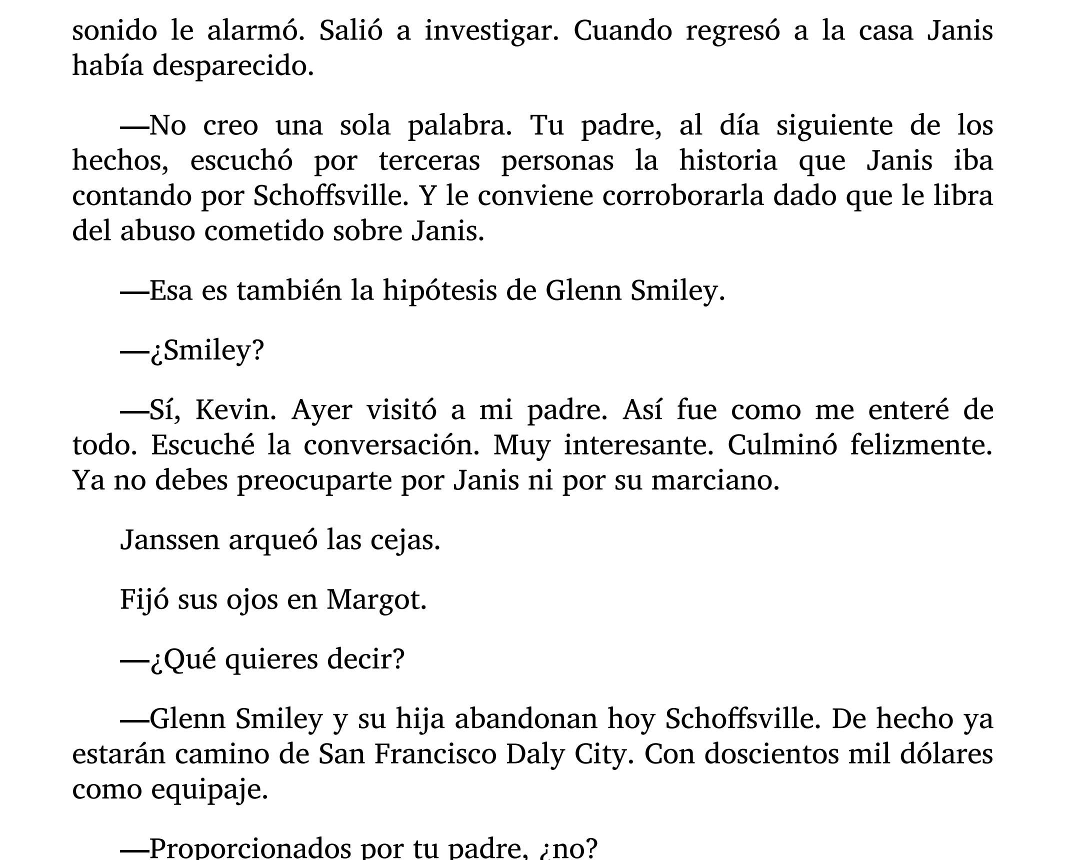
—¿De veras?

—No pareces muy sorprendida.

La mujer arrebató el cigarrillo a Janssen.

Succionó un par de veces el emboquillado.

—No lo estoy. Ayer me informé de todo. Sé lo que ocurrió aquí entre Janis y mi padre. Coincide con la versión divulgada por Janis. Ciertamente mi padre quiso aprovecharse de la muchacha; pero cuando estaba próximo a conseguirlo algo alteró sus planes. Un súbito



sonido le alarmó. Salió a investigar. Cuando regresó a la casa Janis había desparecido.

—No creo una sola palabra. Tu padre, al día siguiente de los hechos, escuchó por terceras personas la historia que Janis iba contando por Schoffsville. Y le conviene corroborarla dado que le libra del abuso cometido sobre Janis.

—Esa es también la hipótesis de Glenn Smiley.

—¿Smiley?

—Sí, Kevin. Ayer visitó a mi padre. Así fue como me enteré de todo. Escuché la conversación. Muy interesante. Culminó felizmente. Ya no debes preocuparte por Janis ni por su marciano.

Janssen arqueó las cejas.

Fijó sus ojos en Margot.

—¿Qué quieres decir?

—Glenn Smiley y su hija abandonan hoy Schoffsville. De hecho ya estarán camino de San Francisco Daly City. Con doscientos mil dólares como equipaje.

—Proporcionados por tu padre, ¿no?

—Ahá.

—Si se ha sometido al chantaje quiere decir que es culpable de...

—Te equivocas —interrumpió la mujer con enigmática sonrisa—. Voy a darte una sorpresa, Kevin. Janis Smiley está embarazada.

Janssen parpadeó repetidamente.

Reflejando en su rostro una incrédula mueca.

—Pero... no es posible...

—Lo es. Yo misma he sometido a Janis a reconocimiento en el «medic-house» que tenemos instalado en nuestra vivienda. Janis está embarazada de cinco meses. Glenn Smiley, sin duda sonsacando a su hija, llegó a la conclusión de que estuvo con Irwin Davenport en Gerry Beach. Mi padre no pudo negarlo, pero desmintió rotundamente que llegara a abusar de Janis. Smiley no le creyó, amenazando con divulgar por toda la ciudad la verdad. Luego dijo que por doscientos mil dólares provocaría un aborto en Janis y se silenciaría el asunto.

—¿Y tu padre aceptó?

—No te sorprendas. Mi padre es lo suficiente inteligente para saber que Glenn Smiley no provocaría jamás el aborto en Janis. Le resulta más rentable que nazca el nieto. Le considera portador de la sangre de los Davenport. Se llevará una buena decepción. El nacimiento de la criatura será la mejor prueba de que mi padre es ajeno al asunto. Se demostrará su no paternidad. De ahí que haya cedido al chantaje de Smiley.

Janssen quedó en silencio.

Aturdido.

—Si no fue tu padre…

—¡Qué importa ya! Puedes despedirte de ver nuevamente a Janis. Cuando nazca la criatura, Glenn Smiley investigará la paternidad. Al descubrir que nada la relaciona con Irwin Davenport montará en cólera; pero terminará por conformarse con los doscientos mil dólares conseguidos. Incluso no regresará por Schoffsville ante el temor de que mi padre le demande ese dinero.

—¿Conoces adonde se dirigía Smiley?

—Dijo tener amistades en San Francisco Daly City, pero no concretó nada más. No te preocupes por Janis. Glenn Smiley, al ver que tiene dos bocas que alimentar, no tardará en internar a Janis y al recién nacido en cualquier centro estatal. En el peor de ellos estará mejor atendida que bajo el cuidado de Glenn Smiley.

—No es eso lo que me preocupa.

Margot sonrió.

Terminó por reír nerviosamente.

—¿No estarás pensando en… en el marciano?

Kevin Janssen no respondió.

Ciertamente estaba pensando en el monstruoso ser de piel verdosa y aletas descrito por Janis Smiley.

CAPITULO VI

Comunal-133 era uno de los ghetos anexionados al gigantesco San Francisco Daly City. Un conglomerado de edificios-colmena unidos entre sí. Verdaderos monstruos de frío cemento que se elevaban desafiando al cielo. Cada bloque autónomo. Con todos los servicios necesarios. Cualquier inquilino de uno de aquellos edificios podía pasar su existencia sin pisar la calle.

Glenn Smiley había encontrado refugio en uno de aquellos bloques. En el apartamento de Eleanor Corwn, una vieja amiga.

—Tuve suerte en no casarme contigo, Glenn. Siempre has sido un fracasado. Preferiste a una provinciana simplemente por compartir su pequeño negocio de Schoffsville; pero todo lo que tú tocas se va al infierno.

Smiley tendió su diestra hacia el móvil y circular mueble- bar. Del compartimento refrigerado extrajo un envase cilíndrico. Tiró de la anilla. De un solo golpe vació el contenido de whisky.

—Todo va a cambiar ahora, Eleanor.

—Lo dudo. Confórmate con esos doscientos mil dólares que has sacado al tal Davenport. Incluso me sorprende que lo hayas conseguido.

—Cuando nazca la criatura tendré muchos más. Exprimiré a Davenport.

Eleanor ya había alcanzado los cuarenta años de edad. El declive se marcaba el su rostro. Blanquecino y con prematuras arrugas. Su cuerpo, exuberante y pródigo en curvas, todavía despertaba la pasión en individuos poco exigentes.

—Puede nacer muerto...

—¡Maldita furcia...! ¿Por qué diablos dices eso? ¡Janis es sana y fuerte! Su deficiencia mental no la heredó. Sufrió un golpe en la cabeza a los dos años y...

—Tranquilo, Glenn. No te alteres —rió Eleanor—. No quiero desanimarte, pero este Davenport no intentará retenerte y provocar el

aborto de Janis. Te dejo marchar.

—Puede que haya ordenado vigilarme.

La mujer chasqueó la lengua.

—Oye, Glenn… ¿estás seguro de que Davenport es el padre?

—¡Por supuesto! Janis lo identificó. Estaba con ella en un snack de Sehoffsville cuando pasó Irwin Davenport en su lujoso «Fairy-SMX». Fue entonces cuando Janis dijo «ése es Johnny». Quise asegurarme y llevé a Janis hasta la casa de los Davenport en Whites Road. Volvió a reconocerle sin duda alguna.

—¿Qué me dices del… marciano?

Glenn Smiley rió a carcajadas.

—Le has tirado de la lengua, ¿eh?

—Janis asegura haber tenido encuentros en la playa con ese individuo de piel verdosa y aletas. Durante cinco meses acudió regularmente a las citas.

—El bastardo de Davenport utilizaría algún disfraz por temor a ser descubierto en compañía de mi hija.

Eleanor atrapó la cajetilla de cigarrillos.

Se acomodó junto a Smiley.

—Dudo que un hombre como Irwin Davenport tenga ese temor, aunque sí cualquier otro habitante de Schoffsville. Uno que escuchara la historia de Janis y, por seguirle la broma, se disfrazó de… marciano. Y en uno de esos encuentros embarazó a tu hija.

Smiley profirió una soez maldición.

Dirigió a la mujer una rencorosa mirada.

—Tampoco tú has cambiado, Eleanor. Sigues igual de venenosa.

—Soy realista.

—Sucia ramera… Apuesto que ninguno del bloque requiere ya tus servicios.

Eleanor se levantó del sofá.

Con deliberada lentitud tiró del lazo que anudaba la larga bata. La

abrió mostrando sus desnudos senos. Opulentos, aunque ya perdida su firmeza. Su cuerpo sólo protegido por un diminuto slip en negra gasa transparente.

—¿Esa es tu opinión, Glenn? —Eleanor acarició sus exuberantes senos sopesándolos provocativamente—. Dime la verdad…

Los ojos de Smiley se tornaron vidriosos.

Alargó sus manos para atrapar la cintura de Eleanor. Tiró obligándola a caer sobre el sofá. Los voluminosos senos femeninos quedaron próximos al rostro de Smiley. Se volvió sobre ellos voluptuosa.

Intercambiaron lascivas caricias.

Apretujados el uno contra el otro.

—Siempre he estado loco por ti —jadeó Smiley, arrancando violentamente el pequeño slip—. ¿Por qué crees que estoy aquí? Quiero disfrutar contigo todo el dinero… Tú y yo…

—Sólo me has entregado veinticinco mil… ¿dónde tienes el resto, querido? ¿Dónde…?

—En lugar seguro, nena. Te conozco bien. Entrar en tu apartamento con doscientos mil dólares sería una locura.

—Dintelo, Glenn… ¿dónde…?

La mujer acompañó su petición con audaces caricias que hicieron estremecer a Smiley.

—¡Padre…! ¡Padre…!

La súbita llamada les paralizó.

—Es Janis…

—Al diablo con ella! —rugió Smiley hundiendo de nuevo su rostro en los senos femeninos.

— ¡Padre…! ¡Eleanor…!

Se escuchó un grito de dolor.

Eleanor se incorporó ajustándose precipitadamente la bata.

—Puede que haya llegado el momento, Glenn.

—No es posible... aún falta...

—Esto no funciona como un reloj.

Eleanor abandonó el salón para introducirse en una de las habitaciones del apartamento.

Glenn Smiley escuchó nuevamente los gritos de su hija.

A los pocos minutos retornó Eleanor.

—Se ha adelantado, Glenn. Avisa al doctor Broderick.

* * *

Hugh Broderick era un vulgar doctor de Medicina.

Uno más de la plantilla del Comunal-33. Asignado al Bloque-81.

Contaba sólo veinticuatro años de edad. Inteligente, pero también demasiado ambicioso. Amante de placeres y caprichos que su sueldo jamás le permitiría alcanzar.

Obtenía algunos ingresos extra en trabajos que requerían pocos escrúpulos.

Y Hugh Broderick carecía de ellos.

—Bien... Esto se presenta sorprendentemente rápido.

—¿La trasladamos al Medie Center?

—No, Eleanor. Ni tan siquiera tenemos tiempo para ello. Espero que no surjan complicaciones. Quédate. Tal vez necesite tu ayuda.

—¿Qué hago yo? —preguntó Glenn Smiley, bajo el umbral de entrada a la habitación.

—Lárgate —replicó Hugh Broderick, sin molestarse en mirarle—, Podrías infectar la habitación.

Glenn Smiley dudó.

Posó sus ojos en Janis.

La vio con el rostro crispado. Sudorosa. Los puños cerrados. Mordiéndose los labios...

—Todo saldrá bien, ¿verdad, Hugh?

—Seguro, Glenn. Voy a ponerle una inyección que calmará todo dolor. Dará a luz sin percatarse de ello.

Smiley se alejó hacia el salón.

No pensaba en su hija, sino en el nuevo ser que iba a nacer. Un nieto que le haría nadar en dólares.

Sólo eso importaba a Glenn Smiley.

Volvió a tomar un recipiente de whisky.

Fue a los pocos minutos.

Un desgarrador grito sobresaltó a Glenn Smiley.

Y no era su hija quien gritaba, sino Eleanor.

En espeluznante alarido de terror.

Glenn Smiley corrió hacia la habitación.

Al abrir la puerta descubrió a Eleanor en uno de los rincones de la estancia. Con las manos a la altura de la garganta. Pálida como un cadáver. Con una mueca de horror desdibujando sus facciones.

Hugh Broderick también estaba pálido.

Tembloroso.

—¿Qué ocurre? —Smiley se adelantó hacia el lecho—. ¿Por qué…?

Enmudeció.

Sintió sus rodillas flaquear mientras que un espeluzno le recorría el cuerpo.

Janis yacía en placentero sueño provocado por la inyección.

Y junto a ella, entre sus piernas, estaba *aquello*.

Eran como sabandijas. Un enjambre de ellas. Posiblemente más de cincuenta. Del tamaño de un sapo. Viscosas. De piel verdosa. Con diminutas aletas…

CAPITULO VII

Eleanor cerró cuidadosamente la puerta de la habitación.

Se reunió en el salón con los silenciosos Smiley y Broderick.

—Janis sigue durmiendo...

El comentario de Eleanor no recibió respuesta.

Glenn Smiley mantenía la cabeza inclinada. Persistía la palidez de su rostro. El recipiente de whisky giraba sin cesar entre sus nerviosas manos.

—¿Qué piensas hacer, Hugh? —interrogó Eleanor, acomodándose en el sofá.

—Mi obligación es comunicar lo ocurrido al Control de Salubridad Nacional y al Control de Seguridad Ciudadana.

—No he preguntado por tus obligaciones, Hugh.

Broderick sonrió.

—Nos enfrentamos a uno de los sucesos más alucinantes de la historia. La primera criatura terrestre embarazada por un...

—¡Cierra la boca! —exclamó súbitamente Smiley—. ¡No digas eso! ¡No puede ser cierto!

—Supongo que no creerás a Irwin Davenport como el padre de... *eso*. Escucha con atención, Glenn. Lo ocurrido demuestra que tu hija no mentía. Que sus encuentros con el deforme ser de piel verdosa y aletas eran ciertos.

Eleanor movió de un lado a otro la cabeza.

—No necesariamente. En esta última década han sucedido partos prodigiosos. Tú, por tu condición de médico, los conoces. Muchos de ellos han sido dados a conocer a la opinión pública. Partos alucinantes, horrendos... Criaturas monocelas, otras sin cerviz ni cabeza... ¿Recuerdas el niño deshuesado de Hayersburg? Nació sin un solo hueso y...

—Todos esos casos encontraron una explicación científica —interrumpió Broderick—. Mutaciones por radiación, malformación genética, vulgar estrechez de matriz o relajación del útero puede provocar alteraciones monstruosas en el feto. ¿Qué explicación dar a las criaturas engendradas por Janis?

—La encontrarían en los laboratorios del Control de Salubridad Nacional. No lo dudes. Incluso en el caso de no hallarlas, las inventarían. Todo antes de dar crédito a la historia del extraterrestre.

Broderick movió lentamente la cabeza.

—En eso tienes razón. En el Control de Seguridad Ciudadana, antes de declarar su ignorancia, harían pública la más disparatada de las hipótesis.

—Hay que destruirlos —murmuró Smiley con voz ronca—. Hay que destruir a esos monstruos… ¡Acaba con ellos, Hugh!

—Estoy pensando en la Fundación Montgomery. Ofrece diez millones de dólares a quien demuestre la existencia de extraterrestres.

Eleanor rió en histérica carcajada.

—¿Y vas a presentarle esos bichos? Han investigado en cientos de ellos. El niño-pez, el niño-oso de Sydow City, el bimacrocéfalo de Celeste Hill… Simples malformaciones genéticas originadas por las más variadas causas. Muchos de esos deformes seres fueron deliberadamente provocados por científicos sin escrúpulos en un cruel deseo de investigar. La Fundación Montgomery únicamente se conformaría con un marciano en su correspondiente platillo.

—Correcto. Eso es lo que vamos a ofrecerles.

—¿Te has vuelto loco, Hugh?

—Olvidemos a esas repugnantes criaturas —sonrió Broderick—. Las destruiré. Interrogando cuidadosamente a Janis nos llevará hasta el individuo de piel verdosa y aletas.

—Ya. Y le ofreceremos un contrato en exclusiva para el Internacional Circus.

Hugh Broderick hizo caso omiso al irónico comentario de la mujer.

—Le capturaremos. Esa será la más contundente prueba para la Fundación Montgomery. ¡Nos soltará los diez millones de dólares! ¡Le entregaremos al extraterrestre y su vehículo espacial!

—No es mala idea —asintió Eleanor—. Leí un reportaje sobre la Fundación Montgomery. Ambicionaba demostrar la existencia de extraterrestres. Quiere hacerlo antes de que finalice el siglo XX; pero reconoce que ninguna de las pruebas presentadas hasta ahora es lo suficiente...

— ¡Nosotros, más que pruebas, le entregaremos al extraterrestre!

La exclamación de Broderick hizo reaccionar al silencioso Glenn Smiley.

—No pienso regresar a Schoffsville. Me largaré con mi hija a Texas.

Eleanor y Broderick cambiaron una mirada rápida.

—¿Por qué, Glenn? ¿No lo comprendes? ¡Podemos ganar diez millones de dólares! ¡Más de lo que esperabas sacar a Irwin Davenport!

—No... No quiero volver a Schoffsville... Tengo miedo... Ahora sé que Janis no mentía. Que sus encuentros con «Fishman» no eran imaginaciones...

—¿Fishman?

—Si... Ese es el nombre que le dio el extraterrestre... Hablaba mucho de él... De sus poderes sobrenaturales...

—La mentalidad de Janis es la de una niña —argumentó Broderick —. Es fácil deslumbrarla. Apuesto a que con un equipo en condiciones daríamos caza al tal «Fishman»...

—No contar conmigo. Yo me largo con Janis a Texas.

—¿Sólo con ella? No puedes abandonar a tus... nietos, Glenn.

La palidez se acentuó en Smiley.

—Si no los destruyes tú, lo haré yo, Hugh.

—Voy a informar a Control de Salubridad Nacional y a Control de Seguridad Ciudadana. Por una vez cumpliré con mi obligación. Te van a ocasionar muchos quebraderos de cabeza, amigo Glenn.

Broderick se incorporó.

Fue retenido por el tembloroso Glenn.

—Te daré dinero, Hugh... Diez mil dólares... Serán tuyos si acabas con ellos sin dejar rastro y silencias lo ocurrido.

—Quiero tu colaboración, Glenn. Acompáñame a Schoffsville y participa en la cacería.

—No..., no lo haré... ¡Jamás regresaré a Schoffsville!

Eleanor y Broderick volvieron a intercambiar una rápida y significativa mirada.

La mujer movió imperceptiblemente la cabeza.

—De acuerdo, Glenn —asintió Broderick—. Aceptaré esos diez mil dólares.

— Primero acaba con... ellos. ¡Quiero que desaparezcan! ¡Desintégralos!

—Estás histérico, Glenn. Son simples sabandijas. No es necesario una dosis de rayos masers para destruirlos. ¿Quieres ver cómo acabo con ellos fácil y limpiamente?

Se encaminaron a la cocina.

Hugh Broderick había depositado aquel enjambre de deformes criaturas en un recipiente de vidrio.

—Es curioso..., ya no se agitan tanto.... puede que les falte aire.

—Son repugnantes —comentó Eleanor con tenue voz.

Glenn Smiley desvió la mirada.

—¡Termina con ellos de una vez!

Hugh Broderick rió en burlona carcajada.

—En el control de Salubridad Nacional hay casos más espeluznantes. Veamos..., puedo introducirlos en el horno electrónico, pero dudo que Eleanor vuelva a utilizarlo. ¿No es cierto, querida?

Eleanor, presa de una súbita náusea, corrió hacia la pileta comenzando a vomitar aparatosamente.

Aquello reanudó la risa de Broderick.

—Definitivamente descartado el horno electrónico. Utilizaremos el triturador de basura. En su máxima potencia. No quedará nada de ellos.

Hugh Broderick conectó el triturador dando su máxima potencia destructora. Abrió la compuerta de recepción.

Y arrojó a la ventana tragadera el recipiente de vidrio.

El sistema de trituración era casi silencioso. Limitándose a un tenue sonido. El tubo transportador de desperdicios llegó a la cántara de trituración, volcando su contenido.

Broderick sonrió.

—Bueno. Asunto concluido.

Se equivocaba.

Aquello no era más que el comienzo.

* * *

Eleanor contempló codiciosa los fajos de billetes.

—¿Estás seguro de lo que haces? Esto no es gran cosa, pero si un gran pellizco. Podemos perderlo todo en la aventura.

—Perderlo... o ganar diez millones de dólares. Hay que arriesgarse, Eleanor.

—Ya lo hemos hecho.

Hugh Broderick esbozó una cínica y cruel mueca.

—¿Te refieres a Glenn? El se lo buscó. Hasta el último momento traté de convencerlo para que participara en la caza del extraterrestre. Incluso le sugerí que me prestara el dinero para la adquisición del equipo y que esperara tranquilamente aquí el resultado de la operación.

—Glenn no prestaría un dólar a su madre moribunda.

—Cierto. Sólo me dejó una alternativa, pero no te preocupes. Todo salió bien. Fue un... accidente. Una víctima más del infernal «subway», Los vagones del convoy le convirtieron en pulpa.

—¿Dónde había depositado el dinero?

—En una caja de seguridad privada de la General Post Office de Comunal-133. No fue muy original...

—Pobre Glenn...

—Era un bastardo.

Eleanor rió divertida.

—En eso tienes razón. Nadie llorará su muerte. Ni su propia hija derramará una sola lágrima.

Hugh Broderick desvió la mirada hacia el corredor.

—¿Aún sigue durmiendo?

—No. Despertó hace un par de horas. Cenó con apetito y ahora está viendo la televisión. No parece resentirse del parto.

—Tú lo presenciaste, Eleanor. Un parto fácil. Diabólicamente sencillo. ¿Ha preguntado por...?

—Janis es como una niña. Ahora, al no sentir dolor alguno, se encuentra feliz. Su mente no había asimilado lo del embarazo. Dado que no iba a cuidar de la criatura, tampoco la responsabilizamos. No ha preguntado nada.

Broderick consultó el electroreloj de pulsera.

Se incorporó del sofá.

—Cuida bien de ella, Eleanor. Debo irme a preparar el equipo y comprar lo necesario para la operación. Posiblemente no me lleguen los doscientos mil dólares. Arriesgaremos también nuestro dinero. Ericson, Fisher y Green nos acompañarán a Schoffsville.

—Buenos elementos.

Hugh Broderick unió su risa a la de la mujer.

—De lo mejorcito de Comunal-133. Mañana emprenderemos la marcha. A primera hora...

—¿Notifico a Janis el... accidente de su padre?

—No. Es preferible que lo ignore. Puede afectarle negativamente. Es difícil adivinar las reacciones de su deficiente mente. Dile que Glenn nos espera en Schoffsville.

—De acuerdo.

Hugh Broderick repartió el dinero por entre los bolsillos de su chaqueta.

Abandonó el apartamento.

Tenía mucho trabajo que hacer.

Material, equipo, armas…

No se trataba de un vulgar safari, sino de dar caza a un extraterrestre.

CAPITULO VIII

El Giant-Wagon maniobró con dificultad para abandonar la autopista de Schoffsville y adentrarse por uno de los caminos que descendían serpenteando por entre los acantilados.

El pesado y longitudinal trailer era conducido por Ralph Fisher. Ambos frisaban en los treinta años de edad. De análogas características físicas. Alta estatura, complexión atlética... También tenían en común la total carencia de escrúpulos.

En el interior del Giant-Wagon, en la parte destinada a la carga, se había situado un «Prow-SAX»; un vehículo ligero todo terreno y semianfibio. También sofisticadas armas, un lanzaredes, un monohelicóptero... y una jaula.

En el compartimento del descomunal trailer que comunicaba con la cabina de conducción se encontraban Janis, Eleanor, Hugh Broderick y Don Green.

El mobiliario comprendía cuatro literas abatibles, cocina empotrada y cabina de aseo.

Broderick parpadeó.

Contemplando estupefacto a Janis.

—No lo comprendo... He duplicado la dosis de «Broxytal», pero sigo sin dominar su voluntad. Esquiva mis preguntas. No responde a...

—Estamos perdiendo el tiempo —interrumpió Green—. Son mejores los métodos clásicos. Te lo dice un, experto.

De existir la reencarnación, Don Green seria un gusano en su segunda vida. Era un individuo repulsivo. Catalogado por el Control de Seguridad Ciudadana en el grupo PSI.

«Peligroso Social Irrecuperable.»

Hacia pocos meses que había salido de la prisión especial de Death Valley.

—No queremos un cadáver, Don —dijo Eleanor—, Tú eres demasiado… impulsivo.

Don Green, recluido largas temporadas en las celdas subterráneas de Death Valley, tenía un rostro blanquecino. Ojos enfermizos. A juego con su entera figura.

Sonrió en desagradable mueca.

—Te equivocas, furcia. Posiblemente terminaría cadáver, Pero antes tendría toda la información que necesitamos.

El micro-altavoz se iluminó.

Llegó la voz de Ralph Ericson desde la cabina de conducción.

—Ya estamos en la playa, Hugh. ¿Qué hacemos?

—Estacionar en un lugar discreto.

—Okay.

Green volvió a reír.

—¡Maravilloso…! Me harán bien unos baños de sol y mar.

El trailer se detuvo.

Hugh Broderick aplicó un frasco a la nariz de la durmiente Janis. Paulatinamente fueron desapareciendo los efectos del «Broxytal». La muchacha entreabrió los ojos.

—¿Ya…, ya hemos llegado a Schoffsville?

—Estamos muy cerca —contestó Broderick—, Creí que te gustaría hacer un pequeño alto y pasear por la playa.

—;Oh, sí…!

Janis se incorporó del camastro.

Una de las puertas laterales del Giant-Wagon se abrió automáticamente a la vez que los cuatro peldaños de la escalera metálica surgían del fuselaje.

La joven saltó ágilmente los escalones corriendo hacia la orilla.

—Increíble…

—¿Qué ocurre ahora? —inquirió Green.

Broderick siguió a la muchacha con la mirada.

—El «Broxytal» adormece momentáneamente los nervios originando una pesadez de movimientos que desaparece poco a poco. Y ahí tenemos a Janis... saltando y corriendo...

—¿No se te ha ocurrido pensar que la droga podría estar en malas condiciones?

—¿También la suministrada en Comunal-133? —Broderick chasqueó la lengua—. No... Debe de haber una explicación. Puede que Janis, al haber dado a luz a aquellos diminutos monstruos, esté dotada de defensas que anulan todo medicamento.

—Entonces hay que empezar por el sistema clásico.

Broderick movió la cabeza.

—Sí, Don. Eso es lo que vamos a hacer.

Abandonaron el vehículo.

El sol estaba en lo alto del horizonte. Descargando con virulencia sus rayos que originaban destellos en las azules aguas del mar. La arena parecía quemar.

El «Giant-Wagon» había quedado junto a la pared junto a la pared de uno de los acantilados. Parcialmente protegido por confortable sombra.

Janis se había descalzado al llegar a la orilla. Subió la falda hasta mitad del muslo. Una y otra vez salpicaba con la diestra el rostro y cuello. Un desnivel la hizo tropezar y perder el equilibrio. Cayó aparatosamente siendo envuelta por una ola.

La muchacha se levantó riendo en alegre carcajada.

—¡Eh, Janis! —gritó Broderick—. ¡Ven aquí!

La joven obedeció.

La corta falda se había pegado a sus muslos. Como una segunda piel. También la blusa modelada seductoramente los senos femeninos.

—Me he caído..., he tropezado al...

—¿Te resulta familiar este lugar, Janis? —interrumpió Broderick, encendiendo un cigarrillo.

Janis trazó una semicircular mirada.

Extendió el brazo derecho señalando unas rocas que parecían surgir tras el horizonte.

—Aquéllos son los acantilados de Gerry Beach. Y aquí detrás están los de Revill Bay.

Hugh Broderick sonrió.

—Perfecto, Janis. ¿Dónde eran tus citas con Fishman? ¿En Gerry Beach o en Revill Bay?

La muchacha se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Haz un poco de memoria, Janis. Fishman se apareció por primera vez en el bungalow de Davenport. En Gerry Beach, ¿no es cierto?

—Fue en el bungalow de Johnny.

—Sí, eso es..., en el_ bungalow de Johnny. ¿Y luego?

—No lo sé. En la playa. Siempre al anochecer.

—Fueron muchas las citas, Janis. Y tú conoces bien estos acantilados. Apuesto que recuerdas algún dato que...

—No lo sé. ¡Voy a bañarme!

Janis giró corriendo de nuevo hacia la orilla.

No llegó.

Hugh Broderick, en rápidas zancadas, la alcanzó atenazándola por el brazo derecho. La soltó para poder propinarle dos brutales bofetadas.

Janis cayó sobre la arena.

Sus azules ojos se nublaron mientras contemplaba perpleja a Broderick.

—¿Por qué...? ¿Por qué me pegas?

—¡Quiero que respondas a mis preguntas, estúpida! ¿Dónde te reunías con Fishman? ¡Quiero conocer el lugar exacto!

—No lo sé... Fishman me iba a buscar a Schoffsville... me tomaba de la mano y aparecíamos en la playa...

—¿En un cohete? ¿Te trasladaba en un cohete?

—Oh, no..., sólo me tomaba de la mano y...

—¡De acuerdo, maldito sea...! ¿Y dónde diablos aterrizabas? ¿En Gerry Beach o Revill Bay?

—No lo sé...

—¡Recuerda algún dato, Janis! ¡Algo que identifique el lugar!

—Era de noche..., no recuerdo bien..., estaba junto a los acantilados...

—¿Qué acantilados?

—No lo sé...

—Déjame a mí —intervino Don Green, con voz ronca—. Yo le haré hablar.

Broderick dudó.

Terminó por mover la cabeza afirmativamente a la vez que giraba para encaminarse hacia el trailer.

Janis retrocedió arrastrándose por la arena. Atemorizada. Los golpes no la asustaban, pero había algo en la mirada de Green que la llenaba de terror. Su deficiente mente no podía comprenderlo. No lograba asimilar el alto grado de maldad existente en el ser humano.

Una enfermiza sonrisa asomó a los labios de Don Green.

No iba a golpear a la muchacha.

Al menos de momento.

Tenía otros planes. Germinados al contemplar la mojada ropa pegada al cuerpo femenino.

—Eres muy bonita, nena... En las eternas noches de Death Valley soñaba con jovencitas como tú... Muchachas de duros senos, de piel suave...

Fue entonces cuando Don Green saltó sobre ella.

La abrazó por la cintura.

Rodaron por la tórrida arena.

La muchacha comenzó a gritar. Sus demandas de auxilio eran acalladas por las carcajadas y palabras obscenas de Green.

Desgarró la blusa femenina.

Tal vez la contemplación de los erectos senos paralizara momentáneamente a Green. Lo cierto es que Janis logró zafarse del abrazo del individuo. Con las manos libres le arañó el rostro.

Green aulló.

Ralph Ericson y Guy Fisher rieron burlonamente.

—¿Necesitas ayuda, Don?

—¡Seguro que sí, Ralph! —exclamó Fisher a carcajadas—. ¡Vamos a echarle una mano!

Los dos individuos corrieron hacia Janis que ya había conseguido incorporarse y emprender veloz huida hacia las rocas.

Le cerraron el paso.

Acorralándola.

Janis respiraba entrecortadamente. Con el rostro desencajado de terror. Como una fiera acosada.

Ericson la hizo caer de espiadas pugnando por sujetarle las manos.

—¡Quieta,'maldita!

Llegó Green.

Tres surcos sanguinolentos se dibujaban en su mejilla izquierda.

Sonrió con demoníaca mueca.

—Eh, Guy… Sujétale las piernas…

Don Green tiró violentamente de la falda.

Se arrodilló entre las piernas de la muchacha salvajemente abiertas y atenazados los tobillos por Guy Fisher.

El sol se ocultó momentáneamente tras una nube.

Tal vez para no presenciar la vergonzosa escena.

* * *

Los alaridos de Janis eran desgarradores.

Capaces de conmover a las mismísimas piedras del acantilado.

Incluso Eleanor pareció compadecerse.

—Impídeles que sigan, Hugh.

Broderick, tumbado en una de las literas del trailer vació el recipiente de whisky.

—Ella se lo ha buscado. Me consta que podía llevarnos al lugar de sus citas con Fishman; pero no quiere hacerlo. Después del… tratamiento se mostrará más sumisa. Es como una niña que no quiere mostrar donde esconde su juguete preferido.

—Es una canallada.

—Si conseguimos capturar al extraterrestre y los diez millones de la Fundación Montgomery no te mostrarás tan escrupulosa.

Eleanor sonrió.

—Es posible, Hugh…

—¿Sí?

—Janis ya no grita…

—Se habrá quedado ronca. A esos estúpidos no se les ocurrió amordazarla. Disfrutan oyéndola gritar.

—Levántate, Hugh —dijo Eleanor desde la abierta puerta lateral del trailer—. Algo ha sucedido. Don viene hacia aquí…

Broderick arqueó las cejas.

Se incorporó descendiendo del vehículo.

Al pie de la escalera coincidió con el sudoroso Don Green.

—La chica se ha desmayado, Hugh… Parece que no respira y…

—¡Malditos idiotas!

Broderick corrió hasta las rocas.

Ralph Erickson y Guy Fisher, también sudorosos y congestionados, se apartaron.

Janis yacía con los brazos en cruz. Las piernas desmesuradamente abiertas. Jirones de ropa aún pegados sobre su cuerpo. Tenía los ojos abiertos. Fijos en el alto y refulgente sol.

Hugh Broderick se inclinó sobre la inmóvil muchacha.

Tras breve examen dirigió una furiosa mirada a los tres individuos.

—Muerta..., está muerta...

—Sin duda fue un fallo cardiaco, Hugh. Nosotros no...

—¡Cierra la boca, Don! —vociferó Broderick—. Debería de...

Eleanor, que parecía la más serena del grupo, intentó apaciguarles.

—Tranquilos, muchachos. Esto ha sido un accidente que ya no tiene solución. Recorreremos toda la costa. Desde Revill Bay a Gerry Beach. Una y otra vez. Tal vez demos con el extraterrestre sin la ayuda de Janis.

—¿Qué hacemos con ella?

La pregunta de Ralph Ericson quedó unos instantes sin respuesta.

Hugh Broderick rompió el silencio.

Enterradla. Muy hondo. Utilizar las herramientas automáticas del trailer, pero quiero una fosa muy profunda.

Broderick se refugió de nuevo en el Giant-Wagon.

Eleanor le acompañó.

—No te culpes, Hugh. La chica no...

—¡Al diablo con ella! Su muerte me tiene sin cuidado. Estaba sentenciada, ya que a través de ella podían descubrir el asesinato de Glenn Smiley. ¡Sólo lamento el dinero invertido en la operación! Alquiler del trailer, la compra de armas... El deambular por la costa no...

Un súbito sonido hizo enmudecer a Broderick.

Un penetrante y ensordecedor vibrar.

Broderick y Eleanor salieron del trailer.

A tiempo de ver el extraño artefacto surgir de las aguas y detenerse suavemente en la húmeda arena de la playa.

—Hugh…

—Sí, Eleanor… Sí… —rió Broderick, como un poseso—. ¡Ahí lo tenemos! ¡Fishman! El mismo se mete en la boca del lobo.

Hugh Broderick volvía a equivocarse.

El papel de lobo no les correspondía a ellos.

De cazadores iban a convertirse en presa.

CAPITULO IX

El artefacto alienígena tenía un plano de sustentación extremadamente deltoide. Su superficie superior plana e inferior curvada. En el morro un disco centelleante. En la cola sobresalían tres aletas de fuerte brillo metálico. El fuselaje era de un tono azulino que casi se confundía con el mar.

—Es como una astronave de reconocimiento —murmuró Ralph Ericson—. De las utilizadas en los vuelos espaciales dependiente de una nave nodriza.

—¡Infiernos! ¡Estaría bueno que se tratara de un planeador aeroespacial diseñado por el Control Space Flight Center.

Hugh Broderick fue el primero en reaccionar.

—No es momento de bromas, Don. Puede salir de un momento a otro y tenemos que estar preparados. Tú te harás cargo del paralizador, Don. Ralph con el lanzaredes. ¡Saca el «Prow-SAX», Guy! Tal vez tengamos que seguirle por mar.

Se precipitaron hacia el interior del trailer.

Don Green fue el primero en salir. Sobre su hombro derecho un paralizador «Sunwise» de disparo intercambiable. De cuatro proyectiles debidamente alojados en un receptáculo que sirve de tubo de lanzamiento. El proyectil es teleguiado al blanco por medio de binoculares acoplados al receptáculo. Una palanca de rótula en el disparador.

También descendieron Broderick y Ericson.

El último en salir fue Guy Fisher. La parte trasera del trailer se abatió sirviendo de rampa para el descenso del «Prow-SAX».

Hugh Broderick terminó de montar una ametralladora multifuego «Storm».

—La acoplaré al «Prow-SAX». ¡Ayúdame, Guy!

En pocos minutos la ametralladora quedó instalada sobre el vehículo ligero.

Eleanor se había refugiado en el Giant-Wagón.

Todas las miradas se centraron en la cosmonave.

—Se diría que nos está observando —rió Ericson, nerviosamente —. No se decide a salir...

Don Green acarició el largo tubo del «Sunwise».

—Sin duda le hemos asustado con toda esta exhibición.

—¿Qué potencia has programado. Don?

—La ocho. La habitual para cualquier bicho humano.

—Redúcela a seis. Puede que nuestro amigo sea más sensible que nosotros. Lo quiero con vida...

—Con la seis no... ¡Mirar! ¡Se está abriendo la compuerta!

En efecto.

Sobre la superficie exterior se deslizaba una parte del azulado fuselaje formando un boquete lenticular.

Primero asomó la cabeza.

Sí.

Aquello debía de ser la cabeza.

Alargada. Con dos ojos grandes. Compuestos. Formados por minúsculos discos. Sin párpados. Deforme la boca carente de labios. La parte superior del cuerpo, de fuerte pigmentación verdosa, aparecía cubierta de grueso pelaje ralo y filudo. De la cintura para abajo semejaba estar protegido por escamas o conchas. Las aletas y la larga cola le nacían en la espalda. El espino filudo como una espada. Manos y pies palmípedos.

—Es.... es un hombre-pez... —tartamudeó Ericson, al verle posar sobre la arena abandonando el artefacto—. Janis estaba en lo cierto...

Green aferró con fuerza el «Sunwise»...

—¿Hombre-pez...? *Eso* no tiene nada de humano.

De pronto sonó la voz.

Como procediendo de una caja de resonancias.

—¿Por qué le habéis hecho eso a Janis? ¿Por qué matarla?

—Está…, está hablando… ¡Nos está hablando!

—Tranquilo, Don —dijo Broderick, aunque sin evitar un leve quiebro en la voz—. Apunta con cuidado…

—Voy a volver a la potencia ocho…

—De acuerdo, pero dispara de una vez. Me está produciendo escalofríos…

Don Green accionó la palanca del «Sunwise».

El proyectil estalló en el aire.

A unas tres yardas de Fishman.

Sin haber encontrado obstáculo alguno.

—¡Maldita sea…! ¿Qué ha ocurrido, Don?

—No…, no lo sé, Hugh…

—¡Dispara otra vez! ¡Todos los proyectiles a la máxima potencia!

Don Green accionó una y otra vez la palanca.

Los tres proyectiles del receptáculo tampoco alcanzaron el blanco elegido. Estallaron antes de alcanzarlo.

Del disco lenticular situado en el morro de la astronave surgió un rayo de luz iridiscente.

Proyectado sobre Green.

Ni tan siquiera tuvo tiempo de gritar. Una cegadora llamarada lo envolvió. En un nanosegundo quedó calcinado. Desintegrado. Convertido en negruzca ceniza que se confundió sobre la arena de la playa.

Ralph Ericson y Guy Fisher, presa del terror, iniciaron veloz huida hacia el interior del trailer.

Hugh Broderick se situó sobre el «Prow-SAX», atenazando la ametralladora.

Pulsó el disparador de fuego continuo.

Tomó la mortífera carga del «Storm», las cilíndricas balas dum-

dum partieren hacia Fishman.

Y fue como si se estrellaran contra un invisible muro.

Ninguna de ellas rozó el objetivo.

—Está..., está interceptándolas...

Broderick, con el rostro desencajado y bañado en sudor, se olvidó de la ametralladora accionando nerviosamente la puesta en marcha del «Prow-SAX».

El motor no respondió.

Hugh Broderick, ya dominado por el terror, saltó del vehículo. El miedo hizo flaquear sus rodillas y cayó sobre la arena; pero no se detuvo. Gateando llegó hasta la escalera del «Giant-Wagon».

—¡Salgamos de aquí...! ¡Rápido!

Ericson asomó la cabeza por la ventanilla de la cabina.

— ¡No consigo hacerla funcionar, Hugh! ¡No arranca!

Ericson y Fisher salieron de la cabina corriendo hacia las rocas próximas. Ninguno de los dos logró alcanzarlas.

De nuevo del disco de la astronave brotó el rayo destructor.

Ericson y Fisher se detuvieron al ser alcanzados. Sufrieron un leve espasmo al ser envueltos por la voraz llamarada. Luego, la nada. Sólo fuliginosos residuos.

Hugh Broderick se postró de rodillas. Con los ojos desorbitados por el terror. Los dientes castañeteando. Presa de convulsivo temblor.

—No..., ¡no me mates! ¡No quería hacerte daño! Tu..., tu nombre es Fishman, ¿verdad? No quería hacerte daño... Soy tu amigo, Fishman...

Broderick recibió la respuesta.

Y aquella fantasmal voz incrementó su pánico.

—Sí. Ese fue el nombre que le di a Janis.

—¡Yo no maté a Janis! ¡Fueron ellos...!

Fishman avanzó separándose de la astronave.

Su caminar era lento. Las cortas piernas de palmípedos dedos se arrastraban abriendo surcos en la arena.

—Lo sé. Puedo leer tu mente. Tú no mataste a Janis, pero tampoco hiciste nada por impedirlo. Sí…, puedo leer en tu mente…, conocer todos tus secretos…, saber lo que hiciste con las criaturas engendradas por Janis… Has cometido el más horrendo de los crímenes…

—No…, yo no sabía…

El monstruoso ser ya estaba muy cerca.

El terror hizo reaccionar a Broderick. Se levantó corriendo hacia los acantilados.

Fishman no hizo ademán de seguirle.

Permaneció inmóvil.

Contemplándole con sus circulares ojos semejantes a los de una gigantesca mosca.

Cuando Hugh Broderick trepaba por una de las rocas, cuando ya se consideraba a salvo, fue alcanzado por el rayo. Una rojiza aureola iluminó su figura. Se vio envuelto en llamas. Su muerte no fue rápida. Tampoco se desintegró su cuerpo.

Broderick aulló convertido en una antorcha humana. Braceó desesperadamente corriendo hacia la orilla. Enloquecido por el dolor se arrojó al suelo revolcándose por la arena. Arrastrándose penosamente.

No alcanzó la orilla.

Dejó de agitarse.

Y poco a poco su cuerpo se fue consumiendo.

Fishman llegó junto al cadáver de Janis. Trabajosamente se inclinó sobre ella. Sus brazos, que parecían pegados al cuerpo, se abrieron formando un gelatinoso abanico.

Se abrazó a Janis.

Unos infrahumanos sonidos brotaron de Fishman.

Súbitamente se enderezó. Quedó rígido por espacio de unos segundos.

Encaminó sus pasos hacia el trailer.

Subió los peldaños de acceso.

Y allí descubrió a Eleanor.

Arrinconada en una de las literas.

Pálida como un cadáver. Temblando de pies a cabeza. El terror le había hecho defecar.

—No…, yo no he hecho nada…, no soy culpable…

Fishman avanzó.

Alzó los brazos. Abriendo los pliegues de aquella viscosa capa que los unía al tronco.

—Si, eres culpable, mujer. No puedes mentirme. Soy dueño de tu mente. Sé que existen más culpables en Schoffsville. Todos los que humillaron a Janis… Todos pagarán…, arrasaré la ciudad…

Eleanor sintió aquellas monstruosas y frías manos posarse sobre su cuello. Y luego el rápido deslizar de la aleta derecha situada bajo el antebrazo. Cortante. Afilada.

Seccionando.

Decapitada con horrenda facilidad.

La cabeza de Eleanor rodó macabramente por el suelo del trailer.

CAPITULO X

El alucinante suceso de la playa había sido asignado a la Sección Especial-71 del Control de Seguridad Ciudadana de Schoffsville. Y como responsable del grupo al agente Kevin Janssen.

—Reiterada violación, contusiones múltiples, hemorragias...; aunque la causa de la muerte fue un fallo cardíaco. Jane había dado a luz recientemente. Sin duda no pudo resistir la canallesca y brutal agresión. Hay algo más, Kevin. Hemos detectado en su cuerpo una fuerte dosis de «Broxytal». Una droga utilizada como suero de la verdad.

—¿Qué hay de la otra mujer, Shavelson?

El agente Shavelson apartó unos papeles.

—Aquí tienes su ficha. Proporcionada por la Central. Eleanor Corwn. Un amplio y poco edificante historial. Actualmente ejercía como prostituta en la Comunal-133 de San Francisco Daly City.

—¿También hubo violación?

—No. Su muerte fue aún más espeluznante. Seguimos investigando en el arma homicida. La utilizada para decapitarla. Estamos desconcertados; sin embargo podemos afirmar, por increíble que parezca, que el arma tenia residuos de sales marinas. En una densidad que sólo se alcanza en las zonas abismales de gran profundidad. Hemos computado todos los datos reunidos y pasados al ordenador.

—¿Cuál ha sido la respuesta?

Shavelson forzó una sonrisa.

Una nerviosa mueca.

—Pues... el ordenador no determina con exactitud el arma, pero con los datos computados afirma que podría tratarse de un pez espada, una aleta de tiburón o de cualquier otro animal marino.

Janssen parpadeó.

Estupefacto.

—¿Seccionado el cuello con...?

—Hemos vuelto a programar los datos por si hubo error; pero la respuesta es la misma, Kevin. Seguimos trabajando en las huellas encontradas sobre el cadáver de Eleanor Corwn y en el trailer.

—¿Y los residuos negruzcos?

—Un equipo de Unidad Atómica continúa en la playa. Se ha acordonado la zona. Los detectores y centellómetros señalan radiaciones ionizantes, aunque sin concretar el volumen de róntgen. Puede tratarse de dos cuerpos desintegrados que recibieron una descarga mayor que la del cadáver calcinado encontrado cerca de la orilla. Todo parece indicar que los ocupantes del «Giant-Wagon» se enfrentaron a un terrorífico enemigo y, aunque iban debidamente preparados, sucumbieron.

Un individuo penetró en el despacho de Janssen.

Era el agente Lewis McCormick, de la Sección Especial-71.

—Ya tenemos respuesta de la Central, Kevin —dijo el recién llegado—. El «Giant-Wagon» y gran parte del equipo fue alquilado a la Nuyen Company por un tal Hugh Broderick. Un médico de la Comunal-133. Habitante en el mismo bloque que Eleanor Corwn.

—Sigue, Lewis.

—Fue allí, en el apartamento de Eleanor Corwn, donde Glenn Smiley y su hija se instalaron. También se ha localizado a Glenn Smiley. Muerto. Sufrió un accidente en el «subway».

Kevin Janssen se incorporó del sillón giratorio.

Encendió un cigarrillo.

Transcurridos unos segundos de tenso silencio, respiró con fuerza.

—Bien... Mi hipótesis, por descabellada que resulte, es la única que se me ocurre. Glenn Smiley y su hija llegan a San Francisco Daly City y se instalan en el domicilio de Eleanor Corwn. El doctor Broderick se encargará del tratamiento de Janis. La historia del... marciano le interesa. Eleanor y Broderick deciden eliminar a Glenn Smiley, apoderarse de su dinero y emprender la caza del extraterrestre. Drogan a Janis para que les conduzca al lugar de las citas. Los malos tratos recibidos ocasionan la muerte de Janis. Entonces aparece... Fishman y se entabla una batalla con las trágicas consecuencias que ya conocemos...

—Un extraterrestre…

—O un simple monstruo marino. Un ser engendrado en las profundidades del mar. Con aletas de iguales características a las de un pez espada. Lo cierto es que no nos enfrentamos a un vulgar asesino. Esos cuerpos desintegrados y la muerte de Eleanor Corwn lo confirman.

—Tu hipótesis, dada la característica del caso, no es descabellada, sino lógica. Hubo algo que convenció a Broderick y Eleanor para lanzarse a la absurda aventura de dar caza al marciano de Janis. ¿Qué fue?

—¿Estás pensando en…?

—Sí, Kevin. Según los datos del electro-autopsia, Janis dio a luz sin complicaciones, aunque ignoramos si el nuevo ser nació con vida o muerto. El parto se adelantó. En el Medie Center del Bloque correspondiente no han registrado el nacimiento. Sin duda Hugh Broderick lo silenció. Puede que el recién nacido fuera lo que les impulsó a creer en la existencia del extraterrestre.

Lewis McCormick movió lentamente la cabeza.

—Es espeluznante imaginar que Janis pudo ser fecundada por…

—Algo sobrenatural debió ocurrir para que Hugh Broderick diera crédito a la historia. ¿Que opinas, Kevin?

Janssen se ajustó el cinturón de cuya funda pendía el reglamentario revólver.

—Proseguir las investigaciones. Voy a interrogar a alguien que puede sacarnos de dudas.

* * *

Los gruesos dedos de Irwin Davenport teclearon sobre la lujosa madera de la semicircular mesa escritorio.

—¿Tiene oportuna orden de investigación, agente Janssen?

—No.

—Entonces le ruego que no me moleste.

—Janis Smiley ha muerto.

—Lo sé. En todo Schoffsville no se habla de otra cosa que del

sangriento suceso de la playa. Cuerpos desintegrados, una mujer decapitada, Janis... Se dice que estaban a la caza del marciano —Davenport sonrió con suficiencia—. Yo no soy un extraterrestre, Janssen. Quiero permanecer al margen de este desagradable asunto. Mi esposa regresará dentro de unos días de Europa. No quiero que mi nombre se vea involucrado en el *afaire*. Soy ciudadano con cierta inmunidad, ¿lo sabía?

—Sólo conozco su condición de bastardo...

—¡Cómo se atreve a...!

Janssen bordeó con rapidez la mesa semicircular mesa.

Tomó a Davenport por las solapas de la elegante chaqueta. En un alarde de fuerza lo levantó del sillón. Sólo lo necesario para poder aplicarle un brutal puñetazo en el voluminoso estómago.

Irwin Davenport agrandó los ojos mientras boqueaba desesperadamente. Quedó semiencorvado. Pálido.

Janssen le empujó obligándole a caer de nuevo en el sillón.

—Esto es sólo un anticipo, Davenport. Sólo para demostrarle que no estoy de humor. No tengo orden de investigación, pero va a responder a todas mis preguntas. ¿De acuerdo, bastardo?

Irwin Davenport, todavía sin respiración, movió afirmativamente la cabeza.

—Perfecto, Davenport. Y quiero que responda la verdad. Me consta que fue usted quien permaneció con Janis en el bungalow. ¿Cierto..., Johnny?

—Sí...

—¿Qué ocurrió?

—Nada... Traté de aprovecharme de ella..., pero un extraño sonido me hizo salir del bungalow. Cuando regresé a la casa Janis había desaparecido. Ya no volví a verla.

Janssen guardó unos instantes de silencio.

Aquella versión coincidía con la dada por Janis.

—¿Descubrió algo, Davenport? ¿Cuál fuel la causa del ruido?

—Lo ignoro. No descubrí nada anormal. Al llegar a los acantilados,

al fondo, me pareció ver un objeto metálico. Bueno..., imagino que era metálico. Brillaba mucho. Como el ruido había cesado no le di mayor importancia, pero tuve miedo y opté por regresar a Schoffsville.

—¿Estaban funcionando los sistemas de seguridad del bungalow?

—Por supuesto.

—Entonces..., ¿cómo logró salir Janis?

Davenport bizqueó.

La mueca de estupor de su rostro resultó cómica.

—Pues... no lo sé... No había reparado en ello...

—¿Está seguro de que había vuelto a conectar el sistema de seguridad después de entrar?

—Totalmente. Es algo que...

Un súbito y desgarrador alarido hizo enmudecer a Davenport.

Un grito femenino.

Kevin Janssen reaccionó precipitándose hacia la puerta.

Al abandonar el despacho casi tropezó con Marvin, el mayordomo.

—Ha sido la señorita Davenport. Está en...

Janssen no esperó explicaciones.

No eran necesarias...

Margot había vuelto a gritar, aunque su alarido se quebró cesando con brusquedad.

El agente del CSC corrió hacia las habitaciones. Cargó con violencia haciendo ceder la puerta.

La escena le hizo palidecer de horror.

Con incrédulos y espantosos ojos contempló el decapitado cuerpo de Margot.

El frágil cuerpo femenino era agitado como un pelele entre los membranosos brazos de un monstruo ser de piel verdosa.

CAPITULO XI

La seccionada cabeza de Margot estaba junto a los pies del *boudoir*. En su caída había dejado un rastro de sangre que ahora formaba un charco.

Fishman había sujetado los brazos femeninos por encima de la articulación del codo. Al zarandear el decapitado cadáver salpicaba de sangre suelo y paredes.

Y Fishman tiró de ambos brazos.

Sin demostrar apenas esfuerzo.

—¡No…! ¡No…!

La exclamación del aterrorizado Janssen coincidió con el desmembramiento del cadáver.

Fishman giró.

Fijó sus ojos en Kevin Janssen.

Aún mantenía entre sus palmípedas manos los amputados brazos. Arrancados de cuajo. Sangrantes.

Las dejó caer.

El agente del CSC se apoderó nerviosamente de su revólver. De la habitual posición de disparo insensibilizador pasó a la de fuego mortífero.

—¡No te muevas, engendro de Satanás..,! ¡No te muevas…!

Irwin Davenport y el mayordomo habían hecho también su aparición.

El terror les inmovilizó bajo el umbral.

—Dios…

Fue la única palabra que brotó de Davenport.

Y no volvería a pronunciar ninguna otra.

Fishman llevaba a la cintura una especie de fajín sobre el que se acoplaban dos extraños objetos. Uno de ellos tenía forma triangular.

Se ajustó a la diestra de Fishman.

Extendió el brazo.

Un fogonazo brotó del vértice del triángulo. Vomitando un proyectil que alcanzó a Irwin Davenport. En el pecho.

Davenport no pareció acusar dolor alguno, pero un nanosegundo después de recibir el impacto, su cuerpo estalló en mil pedazos. Totalmente destrozado. Como si hubiera explotado una carga de nitroglicerina en el estómago de Davenport. Los efectos fueron alucinantes.

El voluminoso cuerpo de Davenport había quedado convertido en una deforme masa sanguinolenta esparcida en todas direcciones.

El mayordomo corrió igual suerte.

Un segundo fogonazo de aquella terrorífica arma triangular le convirtió también en pulpa.

Kevin Janssen, desde el mismo momento en que el monstruoso ser se acopló el triángulo, comprendió que se trataba de un arma.

Y disparó.

Antes de que Fishman efectuara sus dos descargas.

Sólo que las balas del revólver no hacían mella en Fishman. Ni tan siquiera llegaban a tocarle. Una fuerza invisible parecía desviarlas del objetivo.

—No te esfuerces, Kevin. Nada conseguirás con ese rudimentario revólver.

La voz procedente de Fishman hizo palidecer aún más al agente del CSC. El pánico le hizo temblar. Sujetó el revólver con ambas manos. El frío sudor del miedo le bañó por completo.

—Puedes..., puedes comunicarte...

—Por supuesto, Kevin. Deberías saberlo. Janis te lo dijo, ¿no lo recuerdas? Te habló de mí. De Fishman.

—Entonces, ¿todo es verdad?

—También Janis me habló de ti. De su único amigo en Schoffsville. Gracias a esa amistad sigues con vida, pero no tendrás una segunda oportunidad. Marcha de Schoffsville cuanto antes. Voy a destruir la ciudad.

—¡No puedes…!

La voz de Janssen quedó acallada por los fogonazos del arma manejada por el extraterrestre.

Disparó tres veces.

Hacia las tres paredes de la habitación.

Respetando el lugar donde se hallaba Janssen.

Los tabiques se derrumbaron con estruendo quedando la habitación envuelta en llamas.

Fishman llevó la zurda hacia el otro objeto acoplado sobre el fajín. Una caja rectangular. Un artefacto alienígena que encerraba varios discos superpuestos y de diferente diámetro y luminosidad.

Hizo girar el mayor de ellos.

Y Fishman desapareció.

Se esfumó.

Se evaporó sin dejar rastro ante el estupefacto y aterrado Janssen.

* * *

Las máquinas antifuego no lograron dominar el incendio. El 2771 de Whites Road, el que fuera hogar del todopoderoso Irwin Davenport, quedó convertido en ruinas.

Kevin Janssen, con grave riesgo de su vida, había logrado rescatar a dos de los sirvientes. Tres componentes más de la servidumbre perecieron al originarse los boquetes en las paredes y pasar la honda explosiva a las habitaciones contiguas.

—¿Cómo te encuentras, Kevin?

Janssen esbozó una sonrisa.

Después del horror vivido resultaba paradisíaco contemplar un

rostro como el de Stella Salkov. La bella muchacha que desempeñaba el trabajo de enfermera en una de las unidades móviles de Control de Salubridad Nacional de Schoffsville.

—Bien… Ya no me duele.

—Posiblemente quede cicatriz, Kevin; pero puedes acudir dentro de unos meses a CSC y te harán un injerto.

Janssen se acarició el vendado hombro.

—No me importa. La quemadura no es visible.

—Puede serlo en determinadas ocasiones —comentó Stella, con maliciosa sonrisa—, ¿Qué dirán tus admiradoras?

—Se me ocurre una idea… Cenamos juntos y me das tu personal parecer. ¿De acuerdo?

—¿Esta noche?

Janssen hizo una mueca.

Respiró con fuerza.

—Me temo que voy a tener mucho trabajo.

—Pues deberías descansar, Kevin. No es prudente que…

Janssen interrumpió a la muchacha depositando un beso en la comisura de sus labios.

—Hasta pronto, Stella.

Kevin Janssen abandonó la unidad móvil del CSN.

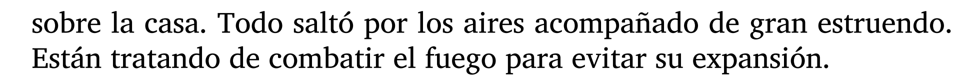
Junto al vehículo sanitario se encontraba un wagón-patrulla de Control de Seguridad Ciudadana.

El propio inspector Donald Moore abrió la portezuela desde el interior.

—Suba, Janssen. ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente, señor. ¿Qué han respondido de la Central?

—En principio se mostraron escépticos, pero la marcha de los acontecimientos les ha hecho reaccionar. Se está evacuando la zona de Gerry Beach. Un devastador fuego se inició en el bungalow de Davenport. Un testigo afirma que fue como si lanzaran una bomba


sobre la casa. Todo saltó por los aires acompañado de gran estruendo. Están tratando de combatir el fuego para evitar su expansión.

—Fishman…

Moore profirió una soez maldición.

Se mesó nerviosamente los cabellos.

—Resulta inverosímil…, absurdo…

—No he sufrido alucinación alguna, señor. Todo cuanto le he contado es la verdad.

—No lo dudo, aunque resulta difícil de creer. ¿Cómo diablos pudo volatizarse sin dejar rastro?

—¿Recuerda a Janis? De la mano de Fishman se trasladaba de un lugar a otro en un abrir y cerrar de ojos. Domina la teleportación.

—Pero…, ¿quién es? ¿De dónde procede? ¿Qué infiernos pretende?

—Sólo puedo responderle a la última de las preguntas, señor —murmuró Janssen—. Su objetivo es destruir Schoffsville.

Como queriendo corroborar las palabras de Kevin Janssen, una atronadora explosión se dejó sentir en Schoffsville. Un estruendo que fue audible en todos los puntos de la ciudad.

Donald Moore se volcó sobre el auto-telex.

Ya estaba transmitiendo datos sobre el origen de la explosión.

«Davenport Hotel en llamas. Explosión por causas desconocidas. Derrumbamiento del edificio.»

Moore tomó el micro para comunicarse con la cabina de conducción.

—¡Rápido! ¡Al Davenport Hotel!

El edificio siniestrado quedaba al otro extremo de la ciudad.

Cuando el wagón-patrulla circulaba veloz por la Segal Avenue, aún a considerable distancia del Davenport Hotel, se produjo la segunda explosión.

Ya no fue necesario consultar el auto-telex.

Pudo verlo con sus propios ojos.

El Marks Building, como alcanzado por un devastador e invisible rayo, se resquebrajaba envuelto en llamas.

CAPITULO XII

La reacción en la Central de Control de Seguridad Ciudadana no se hizo esperar.

«EAT.»

«Emergencia Alarma Tres.»

Los más poderosos sistemas de defensa y ataque entraron en funcionamiento. Una flota de «hoverocraft» compuesta por treinta lancha-patrullas equipadas con plataforma de lanzamiento surcaban las aguas californianas. Cada «hovercraft» dotado de cohetes mar-aire, convencionales intercambiables y cabezas nucleares. Con equipo óptico autónomo de disparo, teleguía y control.

Un cohete-sonda submarino había sido lanzado a las profundidades del mar para detectar la posible presencia del enemigo.

Un trío de cazas interceptores HMB-V sobrevolaban el Pacific Ocean. Bajo su fuselaje diferente tipo de cohetes. La interceptación merced a radar propio, por recepción de los rayos infrarrojos del blanco o del calor emitido en el artefacto buscado.

También desde tierra, en la Base Alarma Californiana, estaban funcionando los equipos de radar capaces de detectar la dirección, velocidad y distancia de cuerpos visibles o invisibles.

Un destacamento de. Base Alarma California, dirigido por el general Harold Bishop, se había desplazado a Schoffsville. También había llegado un equipo de científicos especializados en astrobiología.

En una de las salas de CSC de Schoffsville se hallaba instalado el cuartel general. En permanente contacto con Base Alarma California.

El profesor Bronson estaba en el uso de la palabra.

—El retrato robot, que según el agente Janssen se aproxima fielmente al original, nos determina una especie de hombre-pez. No precisamente aerobio, ya que sin duda habita en las profundidades del mar. Esa doble virtud de respirar dentro y fuera de...

Kevin Janssen abandonó sigilosamente la sala.

En el corredor coincidió con el inspector Moore.

—Iba en su busca, Kevin. Para salvarle de ese grupo de locos. ¡Le han interrogado durante horas!

Janssen se dio un masaje en las sienes.

Forzó una sonrisa.

—Espero que el general Bishop haya sacado mejor provecho de mis declaraciones. Esos científicos no hacen más que hablar y hablar sin llegar a conclusión alguna. Sólo uno, el más esquizofrénico de todos, afirmó que Fishman procede del planeta Zamara.

—¿Zamara?

—Sí. Saliendo de nuestra galaxia, doble a la izquierda. Luego todo recto hasta tropezar con unos asteroides. No tiene pérdida.

—Celebro que mantenga el buen humor.

Janssen encendió un cigarrillo.

Movió la cabeza de un lado a otro.

—Hago esfuerzos para no ponerme a aullar como un poseso, .señor. Estoy aterrado. No me avergüenza reconocerlo.

—Creo que tenemos dominada la situación, Kevin. Al menos nuestro amigo Fishman no ha vuelto a hacer de las suyas. Estamos sobre él. De seguro que el menor movimiento o ataque seria detectado y destruido. Y no es lo mismo interceptar balas de un revólver a todo un sistema teledirigido de cabezas nucleares.

—Dudo que le preocupe. Con sólo apretar un disco aparece tranquilamente en Miami Beach.

—Ya pronto amanecerá, Kevin. ¿Por qué no descansa unas horas? Nosotros nada podemos hacer. La ciudad está bajo control militar. Afortunadamente se logró cortar y aislar el fuego. También ha sido sofocado el de Gerry Beach. Acepte mi consejo, Kevin. Retírese a descansar unas horas.

Janssen asintió con un movimiento de cabeza.

Lentamente abandonó la sede del CSC.

Sí.

Faltaba muy poco para amanecer.

Sin embargo, Schoffsville no dormía. La gente deambulaba por las calles. Presenciando el ir y venir de los carros blindados de Base Alarma California.

Los establecimientos públicos permanecían abiertos. Las máquinas expendedoras de bebidas funcionaban ininterrumpidamente. Mayor bullicio que el día de la fiesta anual. Diferentes emisoras de televisión del país habían desplazado sus cámaras. La Internacional Agency Public ya había conseguido la exclusiva de comercialización del nombre Fishman y del retrato-robot.

Kevin Janssen sintió náuseas.

Caminó sin rumbo.

Alejándose del bullicio.

Fue en el cruce de Cole Road con Elliot Street donde el auto, un descapotable «Louise-111», frenó con estridente chirriar evitando atropellar a Janssen.

—¿Está dormido? ¡Casi le...!

—Hola, Stella.

—¡Kevin...! ¿Qué haces por aquí?

—Paseando.

—Sube. Te llevaré a casa.

—No... No quiero encerrarme en mi habitación. Prefiero caminar, respirar, sentir que estoy vivo...

—Cansado, ¿verdad?

Janssen esbozó una sonrisa.

—No más que tú. Ha sido un día duro, ¿no es cierto?

—Espantoso —corroboró la muchacha—. Salgo ahora de Control de Salubridad Nacional. Muertos, heridos... Acaba de llegar un equipo médico y sanitario de San Francisco Daly City como refuerzo. Tampoco yo iba a casa. Dicen que es relajante el amanecer desde Rudy Hill.

Kevin Janssen se acomodó en el asiento contiguo al de la joven.

El auto reanudó la marcha.

Poco más tarde quedaban atrás las últimas casas de Schoffsville.

A unas cinco millas de la ciudad se iniciaba Rudy Hill. Ya era perceptible la brisa del mar. El romper de las olas contra las rocas.

Stella detuvo el «Louisse-111».

Posó sus ojos en Janssen.

Intercambiaron sus miradas.

Sin pronunciar palabra alguna unieron sus labios.

La muchacha se apretujó buscando los brazos de Janssen.

—¿Tienes frío?

—No...

—Estás temblando...

—Me he estremecido sin saber por qué. Puede que todavía esté influenciada por lo ocurrido... Resulta difícil de...

Stella quedó con la boca entreabierta.

Se llevó ambas manos al cuello. Quiso gritar, pero el mismo terror cortó el sonido iniciado en su garganta. Un horror que desencajó sus facciones en indescriptible mueca. La palidez de la azucena se adueñó de su rostro.

La sangre también fluyó del rostro de Janssen.

Sus brazos rodearon con más fuerza a Stella.

Fishman estaba allí.

A unas tres yardas del auto.

Apareció de súbito.

Surgiendo de la nada.

Como procedente del más alucinante de las pesadillas.

CAPITULO XIII

—No tengas miedo, Kevin. Tampoco tu compañera.

La voz, lejos de tranquilizar a Janssen, le hizo estremecer. Igual efecto ocasionó en Stella. El temblor de la muchacha era visible.

—¿Qué pretendes? —inquirió Janssen, esforzándose en recuperar la serenidad—. ¿Quién eres?

—Soy una criatura del lejano exterior. De un planeta desconocido para vosotros, aunque perteneciente a vuestra galaxia. He detectado tu presencia y quiero hacerte un regalo. En recuerdo a tu amistad con Janis. Lo haré extensivo a tu compañera. Puedo leer la mente de Stella. Conocer sus pensamientos. Su pasado... Será una buena compañera, Kevin. La maldad terrestre aún no ha germinado en ella. Toma...

Fishman avanzó.

Extendió el brazo derecho. Abriendo el abanico que unía su brazo con el tronco. En su diestra, cinco dedos palmípedos donde salían unas protuberancias a modo de uñas, dos discos dotados en el centro de complicado mecanismo astral.

Janssen los cogió.

Con aplomo.

Rozando aquella viscosa mano.

—¿Qué es?

—Pronto lo sabrás, Kevin. Dale uno a tu compañera. Ahora debo irme. Ya todo está preparado para el fin.

—No intentes nada contra Schoffsville. Estamos dispuestos a repeler tu ataque y exterminarte.

Fishman retrocedió levemente.

—Nada ha cambiado en vosotros... La misma arrogancia... Confiando en vuestro ridículo poder. No escarmentaréis jamás. Hace quinientos años, hablo en vuestro sistema de tiempo, una nave

espacial procedente de mi planeta se posó en la Tierra. En misión de reconocimiento. Encontramos vuestro planeta óptimo. Con grandes extensiones de agua. Nosotros, en nuestros comienzos, éramos anfibios. Nuestra vida transcurría en tierra. Los recursos naturales fueron menguando y buscamos el sustento en el mar. El tiempo fue originando mutaciones en nuestro metabolismo. Del primer hombre de mi planeta apenas queda el recuerdo. También los océanos de mi planeta se han ido quedando pequeños para albergar a todos los de mi especie. Las ciudades submarinas están superpobladas. De ahí que se iniciara una expedición en busca de un planeta donde trasladarnos.

Kevin Janssen escuchaba en silencio.

Impresionado por la narración.

También Stella. Incluso el terror había desaparecido de su rostro y contemplaba a Fishman con curiosidad y expectación.

—No fuimos afortunados en nuestro peregrinar —prosiguió el extraterrestre con su voz carente de toda inflexión—. Uno de los pocos planetas en condiciones análogas al muestro era la Tierra. Estaba habitada, pero no en las profundidades de los mares. Era posible establecer aquí una pequeña colonia si llegara el caso de máxima saturación. Yo fui el elegido para pilotar la nave en esta segunda toma de contacto con la Tierra y estudiar las posibilidades de adaptación. No acudí solo. Me acompañaba una hembra de mi especie.

Falleció en una explosión originada cuando la nave atravesó la atmósfera terrestre. Mi compañera reposa ahora en lo más profundo del mar. Comprobé que la avería en la nave era irreparable. También estaban dañados los sistemas de comunicación interespaciales. Quedé incomunicado con mi planeta. Mi misión, formar una familia y estudiar su adaptación en las aguas terrestres, había fracasado. Mi compañera muerta y yo sin probabilidad de regresar ni comunicarme con los míos.

—Fue entonces cuando apareció Janis.

Los escalofriantes ojos de Fishman se posaron fijamente en Janssen.

—Correcto. Mi nave espacial está sumergida en uno de los puntos más profundos del Pacífico. Salí con la astronave para explorar la zona de la costa posándome en Gerry Beach. Me estaba acoplando el sistema de teleportación, cuando un involuntario movimiento lo hizo funcionar. Aparecí súbitamente en una casa. Allí estaba Janis. Me sorprendió que no empezara a gritar dado lo… monstruoso de mi

aspecto con relación a vuestra configuración. Todo lo contrario. Janis me sonrió.

—Janis era deficiente mental y…

—¿Crees que fue ése el motivo? —interrumpió Fishman—. Ciertamente, Janis era diferente. Desconocía la maldad. El odio. La ambición. Su mente… deficiente era lo más hermoso que había encontrado en la Tierra. Los demás, los de mente normal, están cavando su propia fosa. Autodestruyendo su planeta. Empezaron con las centrales nucleares. La contaminación es total. También el mar, los océanos que nos maravillaron hace quinientos años en nuestra primera visita, empiezan a acusar la contaminación. No hablo de la costa, sino de las mismísimas profundidades. Aún es tiempo de rectificar, pero vuestra mente es demasiado… normal para percatarse del peligro. Me uní a Janis. A un ser perfecto. En ella encontré alivio a mi soledad. Comprensión. Amor… Engendré en Janis la semilla destinada a mi compañera muerta. No podía llevarme conmigo a Janis. Mi metabolismo me permite vivir dentro y fuera del agua. Janis no podía acompañarme, pero sí los seres que nacieran de ella. Yo los cuidaría. No estaría solo. La nave espacial sería nuestra primera morada. Luego, si lograban desarrollarse, formaríamos una ciudad submarina. Ese era mi propósito. Mi esperanzadora idea… No contaba con la maldad latente en vuestra raza.

—No todos somos…

—Silencio, Kevin. No hay justificación. Lamentablemente descuidé el control sobre Janis… y pagué las consecuencias. Los habitantes de la Tierra se enfrentan unos a otros. Hermanos contra hermanos. Guerras por ambición… En mis visitas a Schoffsville, cuando acudía en busca de Janis, comprobé esa maldad. Las burlas y humillaciones a que sometían a Janis… Culminaron con su muerte. Los mismos que mataron a Janis terminaron con el fruto por mí engendrado…

—De no haber sufrido tu castigo, habrían sufrido el de nuestra ley, Fishman. Ya no hay más culpables.

—Queda Schoffsville.

—¿Por qué? —gritó Janssen—. ¡Los habitantes de Schoffsville son ájenos a la muerte de Janis y la de…!

—Voy a destruir la ciudad. Tal vez sirva de lección a vuestras… todopoderosas mentes.

—También tú serás aniquilado.

—Lo sé. Ahora toda la energía de la nave está dormida. Cuando funcione... la réplica será contundente. No me importa. Os daré facilidades disparando yo primero. Mi misión era pacífica. No llevo armas muy devastadoras, pero sí lo suficiente para arrasar Schoffsville. Os recordará vuestra primera explosión atómica. Hiroshima, ¿verdad? Conozco bien vuestra historia. Tal vez mejor que vosotros mismos. De recordarla dudo que cometierais una y otra vez los mismos errores.

—¡No puedes hacer eso...! Tú condenas la maldad. ¿Por qué sentenciar a toda una ciudad?

—¿Cómo combatirla entonces...? Sólo hay una forma. La única que comprenderéis. También para nosotros es agradable el sabor de la venganza. Tú vas a salvarte, Kevin. Junto con tu compañera. Tú podrás contarlo. ¿Quieres un buen consejo? Intenta convencer a tu gobierno que investigue el modo artificial de vivir debajo del agua. Ir preparando el terreno para un futuro no muy lejano, aunque tal vez dentro de poco el mar os resulte también inhabitable. Si mis hermanos envían otra expedición, comprobarán que las limpias aguas de antaño son un vertedero. Te deseo suerte, Kevin. A ti y a tu compañera. La necesitáis.

—Voy a regresar a Schoffsville —dijo Janssen—. No me importa morir con ellos. Les alertaré de tus intenciones...

—No te queda tiempo, Kevin. Tan sólo una fracción de segundo.

Janssen arqueó una ceja.

Fue entonces, al ver iluminarse el disco que tenia entre sus manos, cuando comprendió lo que iba a ocurrir; pero ya era demasiado tarde.

La teleportación se originó.

Janssen y Stella desaparecieron.

Sólo quedó el «Louisse-111».

Con los dos asientos vacíos.

EPILOGO

Ya había amanecido.

Llevaban caminado dos horas por la desértica carretera.

—¿Dónde crees que estamos, Kevin?

—No tengo ni la menor idea. Ignoro dónde infiernos programó Fishman la teleportación. Cronometró el tiempo e hizo funcionar un mecanismo de autodestrucción. Esos dos aparatos hubieran sido de gran valor para nuestros científicos.

—Quedaron convertidos en cenizas. Buen susto me llevé al...

Stella se interrumpió al divisar un lejano punto.

—¡Es un auto, Kevin!

Se situaron en el centro de la calzada.

Agitando los brazos.

El vehículo resultó ser un trailer de transporte. Su conductor, un individuo de unos cuarenta años de edad, asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Qué hacen aquí, amigos? Esta ruta es poco frecuentada. La ciudad más próxima está a cuarenta millas. ¿Se les averió el auto?

—¿Puede llevarnos? —preguntó Janssen, abriendo ya la portezuela del trailer—. ¿Qué ciudad es?

—Barrosburg.

Janssen y Stella se acomodaron en la cabina.

—¿Barrosburg? ¿Muy lejos de San Francisco Daly City?

El individuo dirigió a Janssen una suspicaz mirada.

—De no llevar el uniforme de agente de CSC sospecharía que se está burlando de mí. Barrosburg queda al sur de Tucson. En Arizona. ¡Afortunadamente muy lejos de San Francisco Daly City!

—¿Por qué dice eso?

—¿No sabe lo ocurrido? Fue hace aproximadamente unas dos o tres horas. Todas las emisoras del país lo han divulgado. La localidad de Schoffsville, en California, ha quedado destruida. Alcanzada por un artefacto nuclear. La radiación se extiende en varias millas a la redonda. Los sistemas de autodefensa de Base Alarma California detectaron de inmediato al enemigo en pleno Pacific Ocean. Lo aniquilaron. Se está investigando la identidad del agresor. Al parecer, existe la fantástica hipótesis de un extraterrestre pilotando una cosmonave alienígena. La venganza de un marciano que deambulaba por Schoffsville. El alto mando tiene otras ideas. Sospecha que pueda tratarse de una acción planeada por los rusos o por cualquiera de las organizaciones terroristas en posesión de armamento nuclear.

—¿Hay supervivientes en Schoffsville?

El conductor rió.

—¿Está de broma? Allí no ha quedado nada. Es tierra quemada. Claro que los del submarino agresor tampoco podrán contarlo. Todo un enjambre de misiles con cabeza nuclear le alcanzaron de lleno convirtiéndolo en puré. Yo también creo que ha sido obra de los rusos. O la organización terrorista Santan Black. ¡Pero un marciano…!

El individuo rió a carcajadas.

Janssen y Stella intercambiaron una mirada.

La muchacha inclinó la cabeza.

Sus labios iniciaron un imperceptible movimiento.

Estaba rezando.

Kevin Janssen también elevó una súplica al Todopoderoso.

Por las víctimas de Schoffsville… y por todos los habitantes del orgulloso planeta llamado Tierra.

F I N